

**VÉRTIGOS ACTUALES; ABRACADABRANTE
ÁBRARA DE ROBERTO LÓPEZ MORENO:
VASTO DE VÉRTIGOS ACTUALES; ABRACADABRANTE.***

Daniel Téllez

Alguna vez afirmé que algo susceptible hiere en la savia selva del corazón del poeta de [Huixtla, Chiapas](#); que en la incendiada turba de la palabra de Roberto López Moreno, late silencioso otro fuego tumultuoso de la selva que habita. Centro de barro, poeta de tierra, corazón latinoamericano, devorándonos, devorándose, incendiado pues, de hambre, de danza, de música, teje en este libro corazón, nuevamente, un esqueleto circular de nosotros de palabra.

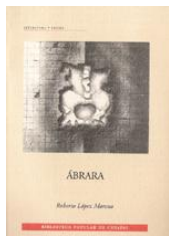
La palabra múltiple de dones diversos en la casa de la poesía. Circular el fuego, nos circunda el abracadabra, en latidos que no cesan, que no saben cesar. Ábrara del tiempo del poeta, a tres tiempos: Poemas iniciales, “Sala de recreo”, “Informe de viaje (Canciones de Vancouver)” y un “Epílogo (Cerrando el Ábrara)”. Ábrara de la casa de la poesía de Roberto López Moreno, donde la palabra es morada, piedra de los sacrificios, el latido que abre y crispa la puerta de la vida. Ábrara de la luz primera, del primer verbo, del instante anterior, este libro tiene el rito y el presagio de un libro fundador de nuestra poesía latinoamericana. Sabe y esconde tras el velo de su dimensión estética, el instante del sometimiento y de la revelación.

Sometimiento del discurso y colérico, el poeta estalla, se arrodilla, inventa el vuelo, lastima la palabra, chispa, se traspasa, abre de la mano de demonios, el camino:

No desfallezcas, noblísimo jinete,
aéreo azote de blandros y exóticos,
cuidado, no tropieces,
puedes caer y lastimar el mundo,
herir el suelo,
alterar la armonía del universo,
cuidado,
no abras hoy el ábrara de la muerte.

(Andante, p. 24)

En las posibilidades del primer rito, la experiencia de la palabra toma sus arneses y deja entrever al poeta López Moreno habitado, violento frente al espejo, frente a la persistencia, a contrafuego, saldado del primer testigo: ¿Cómo se llamaba aquel que por primera vez / utilizó el oxímoron / como máximo acto de la creación? / ¿Qué queda de él sobre el polvo? (¿---?, p.26) En la impronta del descenso de las edades –la hoguera de la casa y de la hormiga, de la fundación del mundo por los poetas, en un extraordinario poema titulado “Entre poetas” cónclave para nombrar las cosas nuevamente- el poeta llueve sobre la orografía experimental de nuestros estanques literarios. En el perímetro de una dramática multiplicidad contenida –laguna y piedra de filoverbos, llaves de notas, de primeros verbos-, a relámpago y conciencia, reconstruye de la piedra sus primeras notas, la prelitúrgica del padre Mier, y abunda de las rondanas santas de Amado Nervo al impulso sanguíneo de la verba de Tablada.



Poeta nómada, peregrino, espíritu ábraro de sonidos de flautas y tambores que enervan la sangre, la danza de la sangre dialoga al sol que se ha multiplicado en este libro que hoy nos convoca. Tantea desde la noche descomunal en que la palabra es responso, y mientras el mito ha de perecer al sueño, el desvelo reconstruye el eco abuelo de la vírgula del poeta López Moreno, nacido de la primera noche: Habla al oído de los poetas muertos: / poeta Cardoza, / yo sólo quiero escribir lo que no entiendo. (Tercetas, p. 34-35). Porque su desvelo es de transformación, de recreación, de fagocitosis y ferocidad, el poeta celebra desde su relectura y transformación anímica, ciertos trazos vanguardistas que equidistan las verdes flamas: El joven poeta, el inventivo, / está siendo inventado por los mistagogos / cromovoluminizadores / y por la sentencia con la que el reloj / acostumbra rehacer sus ritos. (Estación Coyoacán p. 45); las cuerdas encendidas de los estridentistas, (El capullo se cierra en su memoria RAM, / suma, / cocktail de meteoritos, / en su hondura construye andamios interiores, / arquitecturas efervescentes, [Cocción p. 48]); las definiciones del fuego de la palabra y sus lecturas en el poema “Septapoética”: Cabalgan los siete jinetes de mi terrisueño. Cabalga –decimos- su lengua poética y se entrecruza con la otra, la del rayo, los pendones, la costilla, el fósforo, Puschkin, la sombra, el ave zacuán, la muerte del poeta de Mixcóac, al recreo que es un poema servido en mole poblano:

La picadura del ajonjolí, Ramón, tal picadura,
es un estruendo que sabe
a lis de prieta azúcar encarabinada,
a maples sabe, a siglo,
gallardo siglo y quintanilla
(al siglo de las losas, reloj nuestro).

(¡Que viva el mole...!p. 64)

Un ábrara imanta en las raíces de los abuelos prehispánicos, las primeras voces, los últimos vuelos, el bolero místico y sagrado, los oscuros vientres de las congas y la sangre que multiplica los juegos retóricos, los asideros vanguardistas que hormiguean dentro de la música, los palíndromos, el filin de las repeticiones y aliteraciones. El pasado y futuro en la vitalidad del ritmo, la ebullición de la cuantía: Verberales geométricos, / rumor de corrientes despertando desde el centro de las / sombras / a hacerse luz, / osario del sol, / tibias, radios, fémures, húmeros del sol, / hilera de dientes vegetales, / sabia vibrátil, plin, plin / y la orquesta del mundo fluyendo, en el fondo, / plin plin, plin plin, ya está ayando el mundo. / Suena (Concierto candela p. 73-75). Del mismo modo el ábrara del yo, del viaje, el poeta pirata, el poeta lector, la colina del mundo en la poesía pautada de López Moreno; la condición de la otra música, otro lenguaje. El poeta presagia en el poema “Canción trágica en Sunset Beach”: Si yo tan de la música, / tan a la hechura de las sensualidades, / qué será de mí al traducirse mi poema / a los ritos sonoros de otro idioma.

Ábrara de la planicie chiapaneca, ábrara de la sangre precolombina imponente entre piedras, como el río cabe entre las piedras de una palabra agreste; la conversión matemática -raíz cuadrada del caligrama que cierra toda interrogación desmesurada del átomo al semen- construye el Epílogo del libro.

Del mismo modo percibimos, con la experiencia del poeta, la antigua leyenda y la añeja celebración de la saliva y la sombra de los mayores que consuela en nosotros, en cuyo descubrimiento, la escritura poética de Roberto López Moreno, nos remite a un alto poeta inserto en la tradición más relevante de nuestra lírica latinoamericana. Testigo de la primera ansia y del primer ojo, el poeta López Moreno resulta necesario; abracadabra para la salud de la poesía mexicana reciente; en cada palabra aparece vasto de vértigos actuales; abracadabrante, en su cada línea riña el espacio intemporal; el relámpago de la innovación. Hoy, nuevamente, lo sostengo: Roberto López Moreno es un poeta necesario para nuestra poesía: imprescindible linaje natural.

***Texto leído por el poeta Daniel Téllez durante la apertura de la XXVII edición de la Feria Internacional del Libro en el Palacio de Minería el 23 de agosto de 2006.**

ACERCA DE ENTRE LA IGUANA Y EL COLIBRÍ

Adolfo Castañón

A pesar de ser una de las construcciones poéticas de la región más fieles al devenir latinoamericano en su hondura y espesor míticos -o acaso por ello mismo- la obra del escritor y poeta chiapaneco Roberto López Moreno (Huixta, Chiapas, 1942) no ha sido objeto de estudios y comentarios extensos y sostenidos. La obra del joven crítico Jorge Solís Arenazas nacido casi cuarenta años después que López Moreno viene a llenar un hueco y a erigirse como una guía por la espesura de su continente lírico. Entre la iguana y el colibrí reúne un conjunto de 9 ensayos divididos en 5 cuerpos; a esos ensayos habría que añadir la extensa entrevista con que cierra el libro. Más allá o más acá de la obra del propio Roberto López Moreno, el personaje central del libro, el protagonista de sus páginas parece ser la vanguardia, los idiomas y las letras de la vanguardia latinoamericana tal y como se declinan y reflejan en los versos de Roberto López Moreno. Pero más que vanguardia en singular habría que decir vanguardias pues los movimientos de innovación artística, poética y literaria en América Latina, las fuerzas vivas de la experimentación expresiva latinoamericana no caben ser reducidas a un solo modelo. Para esquivar esta dificultad, Solís Arenazas inscribe su proyecto de indagación crítica en el juego cruzado Entre la iguana y el colibrí: dos claves —una reptante y otra volátil y flamígera— que teclea la máquina mítica, mito-poética de López Moreno: “La iguana ocupa el lugar de la serpiente; el colibrí el del águila”, nos dice el crítico. Ambos animales designan el espacio latinoamericano. “El colibrí —escribe Ida Vitale en el ensayo dedicado a esta ave en su manual De plantas y animales— de nombre curibico, mainumbí en guaraní, tente-en-el-aire, picaflor, pájaro mosquito (así nombrado por el naturalista español Fernández de Oviedo en su Historia general de las Indias pasó a ser oiseau mouche para Bubton) de la familia de los Fruchilidae, es especie con muchos representantes. Todos son americanos” (p. 147). Hasta aquí Vitale. El colibrí, además representaba en la antigua religión azteca el latir del corazón y era uno de los atributos del sangriento y guerrero Huitzilopochtli. El colibrí es además una presencia constante no sólo en la poesía de Roberto López Moreno sino en la poesía mexicana, centroamericana y latinoamericana (recuérdese sin ir más lejos al mexicano ecléctico y guatemalteco nativo Otto Raúl González o al peruano Emilio Adolfo Westfphalen). La ecuación colibrí-iguana le sirve a Solís Arenazas para esbozar o descubrir en la obra de Roberto López Moreno una poética de la celebración, una partitura mítica planteada ya por el propio poeta cuando expresa que el colibrí “surge de la iguana, de su sabiduría y se convierte en la imaginación de ésta, es decir en su vuelo. Por lo tanto la línea que le corresponde al colibrí es la vertical, es el vuelo que se eleva partiendo del punto iguanido. Por medio del colibrí (la imaginación de la tierra) la sabiduría se eleva a ver en las rutas del aire. La verticalidad es la imaginación que la sabiduría produce” (p. 18). El diálogo cruzado entre el colibrí (símbolo de la línea vertical) y de la iguana (símbolo de la horizontal) le sirven a Solís Arenazas para intentar describir la regla del juego, el código lúdico a que obedecen los trompos metafóricos y rehiltes analógicos de las evoluciones de Roberto López Moreno.

Un libro de crítica literaria es un juego mental que se dirime entre las cuatro esquinas de un ring o arena conjetural: 1) el poema y el poeta; 2) los discursos que acarrea el crítico para fusionarlos en una; 3) tercera instancia; 4) la recepción, la hospitalidad mental del lector. En las distancias y tendones derivadas de estos cuatro elementos se resuelve la substancia inmaterial de la lectura. Dicho de otro modo, el ensayo escrito por Jorge Solís Arenazas ensaya un encuentro con la poesía de Roberto López Moreno a la luz conceptual de un bagaje en el que se funden Giambattista, Vico y Bachelard, José Lezama Lima, Ramón Xirau y los teóricos de la poesía concreta brasileña que a su vez remiten a los teóricos de la vanguardia rusa para mencionar solamente a las voces más conspicuas de este discurso. El encuentro entre el cuerpo lírico de López Moreno y este fluctuante espejo conceptual da como resultado el libro de Jorge Solís. Ese polimorfo y fluctuante espejo conceptual permite al lector conocer mejor la urdimbre imaginaria de que está hecho la obra del autor, las influencias que maneja o que sufre, los ecos que suscita, las voces soterradas en su voz.

Roberto López Moreno es un poeta en cierto modo más latinoamericano que mexicano. Pertenece a la familia de los prolíficos más que a la de los devoradores, para seguir la distinción propuesta por W. H. Auden. En otros términos, se puede decir que su empresa lírica se determina antes en función de la vía húmeda que de la vía seca, antes por la oleada y por el movimiento expansivo que por la vía seca de la concentración. Está pues en la búsqueda y en la experimentación a través del flujo y el caudal. Su vanguardismo es un polimorfismo, mestizaje e hibridación con y de otras formas artísticas: danza, música, arquitectura, pintura, escultura. Este diálogo del idioma poético con los idiomas de las otras artes se redondea en su poema Motivos para la danza donde la idea motriz de la voz cantante se plantea como una idea envolvente, una trama paisaje que se transfigura en el guión de una coreografía. El diálogo con las formas artísticas está en el centro de la obra de Roberto López Moreno. Acaso a la hora de hacer una antología de la obra de este poeta latinoamericano nacido en México habría que partir de esta conciencia del museo —o casa de las musas— para explorar su proyecto y llegar a explicar a partir de esta concepción militante de la convivencia de las artes el proyecto literario del autor, sin excluir desde luego la cuestión de los poemurales en la cual la poesía callejera y el graffiti, la poesía política y la imaginación plástica se dan cita. Sin embargo, la poesía de López Moreno no se agota en modo alguno en este proyecto y su universo poético sobrepasa y supera estas clasificaciones. A partir de un concepto de Ramón Xirau, Solís Arenazas sugiere un común denominador para dar cuenta y clave de los movimientos inscritos en la obra de este autor: ese concepto es el de “épica interior”. Quien dice épica dice guerra y dice combate. La guerra de Roberto López Moreno se da en el lenguaje y con el lenguaje. Es una guerra diurna y solar, una guerra florida, de nuevo un juego más que un fuego, una propuesta de re-encarnación verbal dominada por el ritmo de las décimas, por el compás del soneto, por las tumultuosas formas del verso libre y del himno. Además esta “épica interior” debe seguirse a la luz de un combate íntimo, de un desgarramiento personal. A pesar de sus numerosas y firmes virtudes, el libro de Jorge Solís Arenazas tiene a mi ver dos defectos: uno de orden crítico y otro de índole bibliográfica. Sobre este último aspecto cabe decir que su ensayo hubiese ganado mucho si se

hubiese acompañado de una bio-bibliografía crítica del autor detallando ediciones y publicaciones diversas. Este elemento hubiese permitido situar a López Moreno en la historia y dar cuenta de su itinerario editorial por diversos rincones de nuestro país y de nuestra América. Hubiese permitido también comprender mejor los movimientos tan pronto evolutivos tan pronto concéntricos de la obra de Roberto López Moreno. Sobre el orden crítico, hay que decir que al parecer a Solís Arenazas le interesa seguir al personaje y al mundo mitológico creado por Roberto López Moreno, reconstruir su génesis e intentar estrechar el proyecto poético lopezmorénico en términos de una cosmogonía o relato de los orígenes. Pero a Solís Arenazas no parece interesarle demasiado la vertiente personal, el mundo íntimo y numeroso del autor, la reconstrucción de sus andanzas infantiles y sus edenes pueriles, los juegos privados del autor. Esta carencia tiende a enfatizar el destino manifiesto del autor más que su destino latente, sus claves soterradas, sus secretos. Con esto quiero decir que *Entre la iguana y el colibrí* es un libro importante para la comprensión de la obra de este autor, no es aún el libro definitivo, libro que por cierto Solís Arenazas puede ser perfectamente capaz de escribir. Pero un libro de poesía es un mapa imaginario o de la imaginación, una carta de exploraciones íntimas y mitológicas. Un libro de crítica poética es una guía para transitar por ese país poético. Gracias a Jorge Solís Arenazas por esta caja de las brújulas hecha para explorar la región literaria llamada Roberto López Moreno.

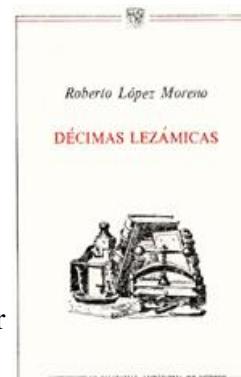
ROBERTO LÓPEZ MORENO Y LA FIESTA

Jorge Solís Arenazas

Crucialmente eufónica, sensual y lúdica, abiertamente inquieta, la poesía del chiapaneco Roberto López Moreno es una fiesta. En primer lugar, en pocos lugares como en su obra se advierte que el poema es una celebración de ser; segundo, es una escritura centrada en la sensualidad del ritmo, la palabra en tanto que música y no sólo la cadencia y musicalidad constitutivas del poema; también porque es una obra abierta, convocante, vital y vitalista, apasionada pero con la medida suficiente para no caer en el juego vacío, en el ansia gratuita del iconoclastia. En suma, poesía que aspira a la comunión más elemental: cada verbo un canto, cada lectura una consagración, cada cuerpo un ofertorio en la danza. En algún lugar se ha dicho que las tres vertientes que recorren su obra son el amor, el paisaje (principalmente la mirada sobre Chiapas, pero también con aproximaciones fundamentales a la ciudad), y, dicho con vaguedad, las “preocupaciones sociales”. Pero se olvida a menudo que su interés fundamental habita en el lenguaje, desde una postura crítica, y es por ello que hay una importancia decisiva en sus otras vertientes. He ahí el otro sentido de fiesta ceremonial. No se olvide que el canto no es sólo esparcimiento, sino conjuro y religación, búsqueda, internamiento apertura.

Desde su primera publicación, *Trilogía entre la sal y el fuego* (1969), es clara su búsqueda para revitalizar, en este caso, la forma clásica del soneto. Esa misma va a recorrer el grueso de su obra hasta culminar con su mayor propuesta, la de los poemurales o murales literarios. Lo que importa, por ahora, es que él puede ser un poeta sensual, festivo y crítico sólo gracias a este interés. Otra de las notas cruciales para entender su poesía es su amplitud de registros, tonos y formas. Ha cultivado muy distintas voces al preocuparse por la cuestión aristotélica de la variedad. Pero dentro de esta variedad ha bosquejado la movilización. Por ejemplo, no sólo ha cultivado el soneto, sino que lo ha esparcido hacia la prosa, por un lado, y lo ha mostrado como un momento del verso libre, por otro.

Además de poeta y narrador, Roberto López Moreno ha sido un musicólogo con un vivo sistema de interrogantes, especialmente en torno de la música latinoamericana. Y la distancia entre estos ensayos y su poesía ha sido allanada en varias ocasiones, llevando nuevas posibilidades al poema, no sólo por sus cargas sonoras, como en *Négridas*, sino desde otros enfoques del lenguaje. Rastreando su obra se ve que a pesar de tener libros de suerte diversa, es hasta *Décimas Lezámicas* donde la estatura del poeta se revela total. No desestimo de manera tajante sus otros libros. Quiero decir únicamente que este libro es el que ya nos habla de algo definitivo; puede, por lo tanto, ser atendido como el centro de su obra. Parte nuevamente de una forma clásica, la décima, conocida también como espinela, pero a partir de explotar la ambigüedad del lenguaje puede revitalizarla. En todo este libro hay sensualidad y crítica, renovación de la forma clásica a partir de exploraciones muy agudas y cuestionamientos, al ser la décima una pregunta por la poesía y el poema, entre la transformación de las cosas, su movimiento.



Si bien es cierto que López Moreno es un sonetista muy pulido, de gran fluidez tanto rítmica como imaginativa, es en las décimas donde su calce musical es más tangible. Mas no se trata sólo de la animación sonora de una estructura, sino de un diálogo formal. Es por ello que a partir de la figura clásica de la décima ha integrado un recurso que en gran medida definió la poesía del siglo pasado, es decir, la intertextualidad. No se trata del mero collage o el juego exterior de voces. Su visión es crítica, opera sobre significantes sin descuidar nunca el rigor formal que él ha sabido desplegar libremente.

Con lo anterior puede percibirse la actitud del poeta frente a la tradición: dialogar activamente con ella y desde ese diálogo emprender su crítica, tanto de la poesía como desde ella. En cierta medida tanto en este libro como otros donde manejó las décimas, los topoemas, la prosa poética y los sonetos (al extremo de incluirlos dentro de la prosa), han hecho posible la propuesta semiótica de los poemurales. Estos pertenecen al libro *Morada del colibrí*, y se definen principalmente por integrar voces y formas en juegos significantes críticos, por encima del mero collage que reproduce sin desplazamientos, rupturas, distancias y nuevos encuentros las formas y las voces de la tradición. Trata, con ellos, de convocar “a todos los lenguajes posibles”. Así, el poema en cierta medida recorre dos líneas aristotélicas, a saber: integrar la variedad en la unidad (o mostrar, de la potencia al acto, la variedad de la unidad), y presenciar, actualizar (siempre en el sentido aristotélico) las voces, los lenguajes múltiples de una sociedad en un momento histórico concreto, donde se opera, a su vez, otro juego crítico entre la actualidad y la inactualidad, la exterioridad tanto de momentos históricos como de lenguajes múltiples y multiplicadores, dislocantes.

Después del desgaste retórico de la poesía, principalmente con la erosión del verso libre, los poemurales vienen a cobrar vital papel dentro de la literatura en nuestro idioma, puesto que en su sentido de integración, exaltando su carácter procesal, movilizan una cantidad de recursos que reavivan la oscilación entre verso (acentual o silábico), prosa, símbolo, onomatopeya, elementos gráficos, etcétera. Por ello pueden oscilar en otros terrenos, de la lírica a la épica (épica interior), solventando la aguda crisis de la primera a partir de elementos otros. En todo caso, hay un cuestionamiento en su escritura. Cuando se dice que en el poemural se marcha hacia la unidad, no se debe entender a ésta como una suma... Contra su propio anquilosamiento, la totalidad se resquebraja para volver a iniciar; el sentido múltiple (y el de la multiplicidad), aspiran a ser obra abierta hablando desde un punto fenoménico.



En *Morada del colibrí* la escritura del poeta chiapaneco es muy variable, mostrando su verdadero movimiento. Y no sólo por los recursos que pone en movimiento, tanto técnicos como de sentido, astucias con las cuales el poeta genera tensión respecto de un par de referentes y de operaciones que, se quiera o no, son metalingüísticas. El plano que generan, desde el cual se permiten, y aún más: se exigen lecturas, no podría ser unívoco. Esta no es la primera propuesta dentro de nuestra poesía que opera la intertextualidad, es obvio, ni la primera que convoca diversas formas ante las necesidades de lenguajes diversos. Pero merece atención por la distancia crítica que genera frente al canon. Sus referencias intertextuales no son significados; sus integraciones son cuestionamientos, no formales sino de la formalidad misma como horizonte de la palabra poética. Y, en suma, opera un trabajo semiótico sobre el

proceso en sí, notando de manera muy contundente que los fantasmas que otras escrituras absolutizan son aquí construcciones. No podría ser otra una mirada desde, de y por el juego. Porque, finalmente, no hay crítica sin movilidad, pero ésta no existe tampoco sin explotar su inocencia a partir de su malicia, por lo que el sentido convocante vuelve al inicio, es decir, a su celebración, a su fiesta en vilo, el verbo encontrando en el sonido su centro sagrado.

Se define así otra de las características que permean su escritura, la preocupación por los diversos géneros. La mayoría de sus trabajos versan sobre otros ejes que la poesía: música y pintura especialmente.

Por centro no me refiero a lo más importante necesariamente; tan sólo propondría que este fuera el nódulo para la aproximación de su obra, es decir, desde aquí hacia delante y hacia atrás.

ROBERTO LÓPEZ MORENO EN LA GRAN TRADICIÓN DE LA POESÍA LATINOAMERICANA

Adolfo Castañón

Debo decir que cuando Roberto me invitó a la presentación de su libro De la obra poética desde luego dije que sí, inmediatamente después sacó del portafolio el tomo, entonces me puse un poco nervioso porque pensé “¿cómo voy a leer su obra que conozco en fragmentos, leerla al hilo en un par de semanas?” Debo decir que esa impresión se disipó durante la lectura desde el momento en que empecé a darme cuenta de que en este libro hay una convivencia de conocimientos en torno a la historia, en torno a la reflexión literaria y en torno también a las diversas experiencias estéticas del autor.



Roberto López Moreno en este volumen, que está sin duda herido, marcado por la vanguardia, es notablemente un goloso, un gourmet de la experiencia artística si tomamos nota del repaso que hace a través de sus versos del ejercicio de la pintura, de la danza, de la música, del paisaje y, por supuesto, de la palabra misma.

Esta diversidad de intereses estéticos dota a la poética de Roberto de una gran riqueza, de una gran multiplicidad de registros. Hay muchos libros (quince) reunidos en este libro pero hay también muchos López Moreno, o muchos artistas concentrados aquí.

Además de poeta, yo diría hay un pintor, hay varios músicos, un músico popular, un músico culto, clásico, y hay también, de pronto, no un intérprete de música, sino un poeta que trasluce un vasto conocimiento musical en cuanto su estructura.

Esto que ya nos empezaría a llamar la atención sobre el libro debe también ponerse al lado de que de la obra poética es en realidad la otra ala, la otra puerta, la otra entrada de una obra en prosa donde precisamente las exigencias del lenguaje, del rigor literario, ya nos hacían conocer que había un poeta y que ese poeta que está en la prosa y que está en la poesía tiene una conciencia obsesiva de la necesidad de renovación, de innovación, de transformación, de relectura, de a veces recreación, fagocitación, canibalismo, homenaje, lectura con la pluma como lo muestra a lo largo de esta obra donde hay continuas referencias y guiños a los grandes clásicos literarios de la cultura latinoamericana, particularmente Neruda, Vallejo, Oliverio Girondo y, yo diría, también, la poesía indígena prehispánica.

Esta voluntad de renovación asociada a una tradición literaria de la lírica latinoamericana nos ayuda a situar a Roberto López Moreno un poco mejor, porque, desde un punto de vista de la reconstrucción académica y ortodoxa de la poesía mexicana, yo diría que Roberto es un autor que tiene parentescos, sin duda, con poetas como Carlos Pellicer y muy particularmente José Carlos Becerra, pero en rigor es un poeta que se encuentra un poco al margen, en la periferia de la tradición literaria de la poesía mexicana contemporánea que suele ser o tiene un punto de gravedad en lo que podríamos llamar la poesía crítica, la poesía intelectual, la poesía más especulativa.

Roberto, aunque tiene esta voluntad de renovación, de innovación, de transformación, de retraducción a la que ya he aludido, más bien está en un ámbito en el cual ésta no se aplica al orden de las ideas, de los argumentos, de la reflexión, de la meditación, sino más bien al orden de la experiencia de los sentidos, de la experiencia sexual, ya sea la que viene directamente al cuerpo a través de la contemplación, a través del amor.

De hecho muchos de los poemas o algunas de las piezas más notables del tomo De la obra poética, son trabajos precisamente eróticos en su doble sentido de amor cordial y poemas del amor sexual, y la otra parte a la que se abre Roberto no es la parte de los sentidos estéticos, en cuanto sentidos aplicados a esas otras formas del paisaje, de la naturaleza, sino las formas del arte, de allí que haya en De la obra poética, un caudal importante de textos relacionados como ya señalé, con la pintura, la danza, la música...

Curiosamente López Moreno —ésta es una pregunta que yo tendría como lector- tiene una cierta indiferencia, una cierta apatía hacia los géneros como el teatro o como el cine que no se ven muy bien representados aquí, quizá porque su concepción literaria lo lleva a internarse más en el teatro de la página o en el teatro de la historia que en las comedias cortesanas o académicas.

Todo este trabajo relacionado con los sentidos, con la vista, con el oído, con el tacto, hacen de López Moreno, en cierto modo, un poeta excéntrico en relación con las tradiciones más relevantes de la lírica mexicana contemporánea, pero en cambio lo sitúa en una forma muy espontánea, en este linaje que ya hemos mencionado de Vallejo, Neruda, Huidobro, Salomón de la Selva, el último Darío, el último Santos Chocano, etcétera.

Creo que uno de los grandes descubrimientos de esta obra poética, es que se puede ser enormemente genuino y auténtico como escritor mexicano sin por ello dejar de ser, en el sentido fuerte de la palabra, un escritor también necesariamente latinoamericano.

Texto publicado en la revista “Universitarios” # 73, julio de 1995.

PRÓLOGO A PRIMERA VOZ

Amado Blanco Pedrero

Roberto López Moreno, nos presenta en este libro “La Voz Primera”, una cascada de poesías, todas ellas claras, de añoranza por su solar querido, que al leerlas nos colocan en las alas de una Gaviota que nos invita a llevarnos en los vaivenes de sus aleteos por la Costa de Chiapas.

Por supuesto, previa parada en su Huixtla querido, que le habla con el corazón, con un sentimiento limpio y caluroso como el cielo azul de su pueblo.

“La Voz Primera”, también nos permite ampliar nuestro viaje a otras partes del estado chiapaneco, en donde encontraremos alegrías, tristezas, tragedias y nostalgias, pero sobre todo mucho colorido y el sonido peculiar de la marimba, instrumento tan amado por propios y extraños, tal vez por eso recuerda a David Gómez a Daniel García Blanco, a los Paniagua, a los Domínguez y Nandayapa. No podía faltar en su obra el personaje leyenda como lo fue Emigdio de Aquino, verdaderos artistas del “bolillo” todos ellos.

La lista sería interminable ya que no olvida a Gabriel Solís, Marín, Corazón Borraz, personas que fueron ejemplo para nuevas generaciones del instrumento de hormiguillo que debe ser eterno.

“Si canta la marimba todo canta”, nos dice López Moreno y razón no le falta para expresarse de esa manera. Sin embargo, en ocasiones los bailes, amenizados por las maderas que a estas alturas son como sagradas por su sonoridad y cadencia, algunas veces, salían a relucir los machetes como nos cuenta en su “La Noche de Tuxtla Chico”, agregando a esto los decesos heroicos de Domingo Gómez Checheb, de María Herrán y de José María Melo.

López Moreno, es sincero, no sabe ocultar la verdad, escribe lo que piensa, lo que siente, de su Chiapas, de su gente.

Roberto López Moreno, es humano y como tal, recuerda con cariño al abuelo paterno Don Rómulo López, que deseando pronunciar su nombre, rompe a gritos entre una melodiosa marimba y el tañer de las campanas.

Nos lleva a Pichucalco, a Tapilula, a Rayón a oler cacao, café y a oír el arrullo del río que nunca habremos de olvidar.

Roberto, amigo mío, ojalá nos sigas tocando las fibras sensibles de nuestros sentimientos para que quien lea tu obra quiera a Chiapas, tal vez no como tú, pero nos enseñarás la vereda para llegar más pronto a tu frecuencia sentimental que es amor y entrega hacia el terruño querido.



No quiero que te pase lo que a la golondrina “Que deja el nido y se va”.

Seguramente al releer tu obra “La Voz Primera” has vuelto a vivir tu adolescencia ya que la grandeza que hoy tienes, se fincó en poemas relatos

y sonetos, todos ellos ya de calidad a pesar de aquella tu juventud imberbe.

Recuerdo lo que dijo alguna vez Anatole France: “Es feliz, porque sabe gozar de los recuerdos”.

Por lo mismo goza de nuevo tu libro, goza tu obra que ya es nuestra, que ya es de todos y todos somos felices por eso.

UNAS PALABRAS SOBRE SU OBRA POÉTICA

Luis Alfaro Vega *

I De lo general

La obra poética de Roberto López Moreno transpira humanidad. Posee la potencia primitiva del don creante; nuevas palabras, recreación inédita de imágenes interiores y exteriores del yo poeta. Su obra no está bajo el prisma de un modelo doctrinario, no responde a fijamientos paradigmáticos ni ideológicos, su quehacer, que es multitemático, multifónico, articula desarticulando a la vez que desarticula articulando los aspectos esenciales del quehacer humano, fertilización del espíritu del hombre de todos los tiempos.



Su poética vibra mostrándonos la enramada de una cosmovisión que aunque es suya, original, contiene la savia de una raza antiquísima, de la cual su ontología se nutre, de la que aprovecha, como objetos sólidos; la intuición, los sentimientos, la conciencia de ser y estar en un instante y espacio determinados.

Roberto López Moreno sopesa los apuntes culturalmente establecidos, observa, analiza, propone, su pluma no se queda en superficialidades, va a la entraña, remueve límites, abarcando y perturbando con una poética imaginativa y peculiar.

II De lo particular



Un libro suyo, Manco y loco, ¡arde!, es sin duda, una de las cimas de su creación. Texto donde su intelecto queda al descubierto, donde sustancia su conciencia frente al mundo. Poemas que trazan razones y sin razones, recuperando las características primigenias y de transfondo, de una de las torres más altas de la literatura universal: El Quijote. Desde diversos ángulos, con amplitud de personajes y perspectivas, nos muestra un punto de vista revelador, aportándonos datos, rumbos, intenciones que estaban y no percibíamos o que no estaban y él agrega con justicia y atino.

Manco y loco, ¡arde!, es una exacerbación de la humanidad a partir de la exaltación de la obra de Cervantes. En ella están contenidos los portentos del homo sapiens; las más bajas y las más altas erupciones del espíritu. Las concepciones todas están allí, el abanico de las relaciones humanas deviene completo; miserias, egoísmos, altruismos, utopías, locuras. Roberto López Moreno sustancia la médula sin adulterar los personajes. Con humor, a veces con ironía, entresaca apuntes en ejercicio de nuevos sentidos, mostrándonos que la magnánime obra sigue viva.

*** Escritor. Nacido en: Santa Bárbara de Heredia, Costa Rica en 1961.**

Mención honorífica en el "Certamen UNA Palabra". Universidad Nacional de Costa Rica y en el Certamen Latinoamericano "Por la paz en nuestra América", celebrado en la República de Costa Rica.

LEYENDO YO SE LO DIJE AL PRESIDENTE

Juan de la Cabada



El mundo que nos presenta Roberto López Moreno estremece la conciencia. Ante lo difícil de sus logros dentro de tal significación, le testimonio todo mi aprecio por sus méritos literarios a la vez que me congratula felicitar a sus lectores, sobre los que, desde luego, ya me encuentro.

ROBERTO LÓPEZ MORENO, ESCRITOR Y PERIODISTA

Marco Aurelio Carballo

El poeta de Huixtla, Chiapas, Roberto López Moreno, asistió al VIII Festival Internacional de Poesía en Medellín, Colombia, al que también acudieron más de 80 poetas de todo el mundo que hablan 26 lenguas distintas. Destacaron Vahé Godel, de Suiza; Jorge Justo Padrón de España y Nancy Morejón, de Cuba; Gioconda Belli, de Nicaragua y Thiago de Mello, de Brasil. A festivales anteriores han asistido, por México, Adolfo Castañón, Gloria Gerviz, José Emilio Pacheco, Coral Bracho y Elsa Cros. Los festivales son organizados por la revista Prometeo de Medellín y el Ministerio de Cultura de Colombia. A propósito de este viaje reciente, se le preguntó a López Moreno, autor de una treintena de títulos:

¿Qué conclusiones hubo?

Bueno, el programa se dividió en 2 partes. En la primera hubo lectura de poemas y en la segunda, los teóricos dieron cursos sobre la poesía de vanguardia.

¿Qué novedades hay en la vanguardia poética?

Hubo muestras que se salían del esquema de la poesía, algunos decían que ni poesía era. Pero los recitales tuvieron tanto éxito como si se hubiera tratado de partidos de fútbol. Los jóvenes asistentes a nada le hacían el feo.

¿Qué características tiene la poesía de vanguardia?

Acuérdate que [Leti -Leticia Ocharán](#), su compañera recientemente fallecida- y yo fuimos muy cercanos a las expresiones vanguardistas. Ella me acercó a la poesía visual, me entusiasmó y la he practicado.

¿Así que eres partidario de la vanguardia en la poesía?

No estoy casado con ella, pero estoy de acuerdo con la experimentación. Lo veo como una opción más.

¿Qué reacciones observas en el pueblo?

Que ha tenido un cierto rechazo hacia lo desconocido. Pero en Colombia, donde la mayoría de los asistentes al festival eran jóvenes, era emocionante ver cómo reaccionaban con emoción ante las extravagancias y ante lo tradicional. Nosotros, al ver esa emoción, nos preguntábamos cómo íbamos a platicar lo que estábamos atestiguando. Los teatros se llenaban a tope, se tenía que hacer un recital paralelo fuera para los que no podían entrar...

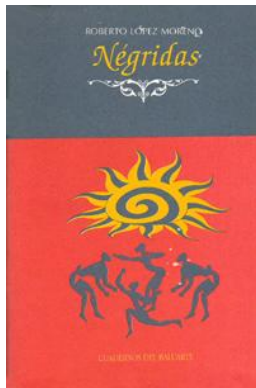
Esta reacción, ¿es exclusiva de Colombia?

Acuérdate que se le llamó La Atenas de América. Tiene una gran tradición poética.

¿Crees que los problemas sociales influyen en la poesía?

Es donde más fuerte se abre la pasión de y por la poesía.

¿Has publicado algo recientemente?



Un cuaderno de 8 sonetos que se llama *La Roja y verde rosa de los vientos*, Poemas al paisaje chiapaneco publicado por el Instituto Chiapaneco de Cultura y *Négridas*, por el Instituto Veracruzano de Cultura. Estos últimos son poemas de corte negro. Son una buena cantidad de poemas a lo largo de 78 páginas. La poesía negra se hizo a partir de la década de los años 30. A Luis Palés Matos de Puerto Rico, se sumaron muchos otros grandes poetas del continente, entre ellos, Nicolás Guillén de Cuba, Andrés Bello de Venezuela, Demetrio Korsi de Panamá, etc.

¿Y qué pasó?

Se abandonó. Nosotros como chiapanecos tenemos esas raíces, pero no sabemos qué pasó con los negros que llegaron a trabajar a las plantaciones de plátano en La Frailesca y a las minas.

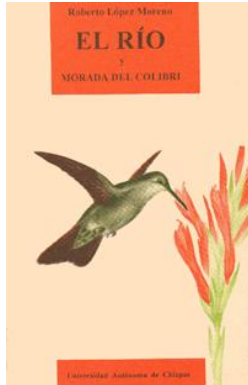
Don Armando Duvalier, poeta investigador no halló testimonios literarios de la negritud en Chiapas; entonces tuvo que crear sus propios poemas dentro de esa línea. Se sabe que había negros antes de la llegada de los españoles, pero tenemos esa página aún no resuelta. Ahí es donde yo entro con *Négridas*.

DESDE UN RÍO CANTA UN COLIBRÍ

Autor Anónimo

**Yo canto porque no puedo eludir
la muerte, porque le tengo miedo,
porque el dolor me mata.**

LUIS CARDOZA y ARAGÓN



No es frecuente encontrar un poema en que un autor aparentemente renuncia a su voz, y orgulloso se apropie de la voz heredada por la lectura de poemas de todos los tiempos. Un autor, que sin dejar de ser yo, se convierte en él, a través del tú. Un autor que sin dejar de ser ellos se convierte en yo. Así en *El río y morada del colibrí*, Roberto López Moreno se convierte en un yo a través de quien fluyen, vertiginosas, violentas y húmedas las corrientes del río fundamental de la poesía.

Reconozco que dado el título del primer poema, *El río y la dedicatoria a don Luis Cardoza y Aragón*, creí que encontraría un homenaje. Grata fue mi sorpresa al encontrar un torrente verbal, una verdadera lluvia tropical poética en la que conluyen las lecturas de muchos libros-nombres: *Trilce*, *Altazor*, *Tarumba*, *Canto General*...

Así en *El río y la morada del colibrí*, estamos ante una actitud, ante un compromiso asumido desde siempre: la poesía. ¿Cuál es el compromiso de la poesía?, tal vez romper el límite de nuestro sino: la lengua. Lo dice el Génesis.

En el principio era el verbo,
y el verbo estaba en Dios,
y el verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros.

Si el primer trabajo del hombre fue darle el nombre a todas las cosas y animales. ¿Cómo asume Roberto López Moreno en *El río y Morada del colibrí*, este compromiso? Dice el poeta ¿o la poesía le exige que lo diga?

Baja a alumbrar para nombrar las cosas,
tócalas, hazlas células de tu ala
y retorna al solio a contemplar
la perfección de tu trabajo...

Dije hace un momento que no es frecuente que un escritor renuncie a su voz intencionalmente, por ejemplo, el río joven quema / es una quemadura honda, ¿será el bosque madura de Xavier Villaurrutia? La verdad que no lo sé, ni me importa. Yo disfruto la poesía, el acto íntimo de la creación suprema, el momento en que el hombre se acerca a Dios. El momento en que el poeta

(aquel que lo escribe, quien soy yo, que lo leo) nombra-mos. Y re-hacemos el primer oficio del hombre: nombras las cosas.

Quiero ser sincero. No pretendo alabar algo que no me gustara cuando le leí ¿o lo oí por primera vez? Por el contrario. Conocí a Roberto López Moreno hace más de diez años. Lo conocí en un libro totalmente diferente al que nos ocupa hoy. El arca de Caralampio: el extraño mundo zoológico de Chiapas. Y creo sinceramente que el compromiso de la poesía, o con la poesía es único. Es algo que siendo nuestro se vuelve vuestro y termina siendo de todos:

Hay un tiempo que sale de mí,
pero hay otro fuera de mí
que también me modifica,
que parte de donde mi piel termina
hacia la curva de la lejanía.
me diluyo en mis aguas
soy este río en mi contra que no se detiene
que me convierte en su río (p. 36).

Aunque la poesía y el compromiso puedan parecer mucho. Nosotros, sus adictos, le decimos con Roberto López Moreno: *no sólo somos soles* solitarios. Así quiero destacar la elegía incluida en *El río*. La que empieza con la belleza de la ciudades bendecidas por un río.

Elegía

Las más bellas ciudades son tocadas por el encanto de algún río.
La de México, ciudad de sangre y obsidiana, se extiende
bajo los signos de la devoradora de sus propias venas...
Yo era apenas un manojito de asombros, pero al río del
que hablo ya lo habían hecho un anciano de aguas cancerosas,
de paso difícil, pestilente, que cruzaba cansino frente a lo que
iba a ser un recuerdo... (p.15)

Así como en la vida de un hombre puede estar la vida de todos como dijera John Lucke, también en la historia de un río puede estar la de todos los ríos. Debo insistir que en *El río y Morada del colibrí*, estamos ante un trabajo profesional. De un autor con oficio. Estamos ante alguien a quién los excesos ni lo asustan ni amedrentan. Estamos ante alguien que se la juega. En *El río y Morada del colibrí*, el color y ritmo exploran las posibilidades de la lengua, lúdico Roberto López Moreno dice:

Suda a todo color
Tabas aspas dabas tabas
Suda a todo calor.

Creo que la poesía de Roberto López Moreno es sobre todo ritmo y color, música verbal que asiendo lo inasible nos conduce en su sincretismo: si bien el Chiapas trópico ardiente e

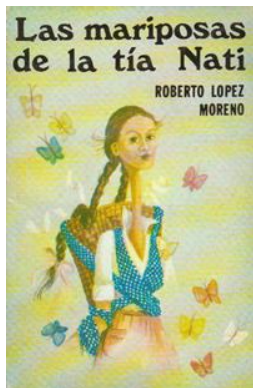
hidráulico está unas veces presente, ya como “tumba de Lázaro Gómez” o como dato geográfico, también está presente la ciudad.

CARALAMPIO

Paco Ignacio Taibo I

El nacer en Chiapas imprime no sólo carácter sino una muy especial fuerza literaria que pasa a los papeles y denuncia a su autor. Esto ocurre con Roberto López Moreno, a pesar de que lo sacaron de su tierra nativa cuando aun era un niño y lo trajeron a esta inmensa ciudad, en donde los chiapanecos siguen siendo extraños por mucho tiempo que aquí pasen.

El último libro de Roberto López Moreno tiene un doble título que se justifica ya que el libro más bien parece dos libros.



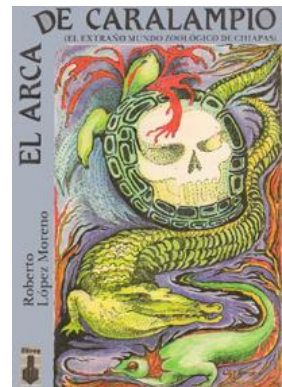
Por una parte **Las mariposas de la tía Nati** y por la otra **El arca de Caralampio (El extraño mundo zoológico de Chiapas)**.

Ninguno de los dos textos se hubieran podido escribir de haber nacido Roberto fuera de Chiapas, en donde él se mueve dentro de ese asombroso mundo que concierta elementos aparentemente tan ajenos como son el mágico y colorido Chiapas, la denuncia de las injusticias contra los indígenas y un lícito esfuerzo de reflejar, para gozo de los conocedores, las imágenes realistas de los habitantes de selvas y ríos.

Cruzándose y descruzándose, estos elementos van creando una visión de difícil olvido y aún cuando pareciera que el enfrentamiento entre lo imaginario y lo puntualmente realista son entidades enemigas, lo cierto es que las mariposas que salen de la boca de la vieja cuentera nos parecen tan naturales como si no surgieran de tan insólita procedencia, mientras que algunas notas, evidentemente enciclopedistas, conviven con otras procedentes de algún zoológico fantástico.

Ejemplo de lo anterior es el pájaro Güis que anuncia a los moradores de las casas cuando van a llegar visitas o el pájaro zenzontle, cuyo nombre procede de raíces nahuas.

Se me olvidó mencionar que el libro, o dos libros, mencionados, lo o los editó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en su serie *lecturas mexicanas*.



UNA EXTRAÑA DANZA

Fayad Jamís

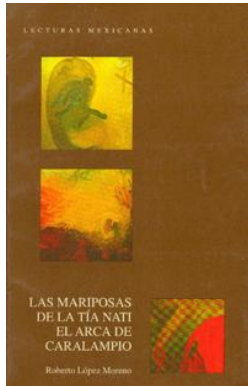
Una extraña danza (seres humanos, árboles, pájaros, olas): innumerables imágenes de la realidad, y de la realidad del recuerdo, invaden la oscuridad total del escenario, que es el universo. Y, de sus movimientos, de sus poses petrificadas, de su presencia en el espacio, surge la luz.

Los poemas de Roberto López Moreno, más que describir la danza y su atmósfera, son precisamente danza, juego de palabras, vuelo de las imágenes en el papel y en los sentidos.

El poeta López Moreno parece traernos, desde su ámbito ancestral, este libro de horas/códice abigarrado de imágenes teñidas con polvo de obsidiana, ónix y jade, pero sobre todo de la sangre vegetal (roja como el fuego, verde como la esmeralda de las selva bañadas por la lluvia) de la poesía verdadera.

ACERCA DEL ARCA DE CARALAMPIO

Edith Negrín



Después de *Las mariposas de la tía Nati*, texto que se nutre de la savia de la provincia chiapaneca, el autor, que ha vivido desde su temprana infancia en la ciudad de México, incursiona en las capas marginales de la realidad urbana, para entregarnos los cuentos tremendistas y desoladores de su segunda colección *Yo se lo dije al presidente*. Tras la temporada en el infierno que representa *Yo se lo dije al presidente*, el escritor parece haber sentido la necesidad de fijar ciertas vivencias de su patria chica, para poder llevarla consigo a todas partes, para darla a conocer. Así, con las herramientas del recuerdo, la nostalgia, la cultura, la observación, la fantasía y el deseo fue construyendo esta arca de *Caralampio*.

El título del volumen alude evidentemente al pasaje bíblico, para asumirlo, transformarlo y desmitificarlo. Si la nave del patriarca Noé tenía como misión salvar una pareja de cada especie zoológica del diluvio universal, el arca de *Caralampio* se propone preservar a los animales chiapanecos de la inexistencia por desconocimiento u olvido, o tal vez, de la desaparición en estricto sentido, a causa de las actividades depredadoras de la naturaleza que han venido llevando a cabo los seres humanos.

El arca de Caralampio, El extraño mundo zoológico de Chiapas parece tener una dimensión regional, chiapaneca y centroamericana, en contraposición con la trascendencia y universalidad de la embarcación bíblica. No obstante, al poner el lente en la fauna de la localidad, al darle estatuto literario, el autor la integra a la cultura occidental. Lo “extraño” que se anuncia en el título del libro, va a dejar de serlo en cuanto los lectores entremos en contacto con los animales descritos.

Caralampio se llama el santo venerado en la región de Comitán. Caralampio es también uno de los personajes principales en *Las mariposas de la tía Nati*; asesinado en aquel volumen reaparece en éste como escucha y contador de historias. Su presencia, desde el inicio del texto, y en vinculación con el título del libro, es significativa: no importa tanto si vive o ha muerto como hombre, importa como portador de las leyendas del pueblo. Caralampio conoce las crónicas coloniales y traduce el pasaje bíblico del arca de Noé a los términos de la mitología maya.

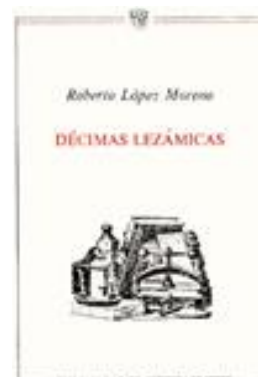
LÓPEZ MORENO ENTRE LA UNIDAD Y LA VARIEDAD

Enrique González Rojo

Hay ciertos principios estéticos -como el de la unidad en la variedad de Aristóteles- que no pueden ser encerrados a siete llaves en el arcón del olvido. Su permanente vigencia se nos vuelve palpable cuando comprobamos, o volvemos a comprobar, que si en las obras literarias donde la unidad ejerce su dictadura sobre la variedad, impera lo farragoso y monocorde, lo repetitivo y tedioso, en las creaciones donde la variedad se impone sobre la unidad, sale a flote la dispersión y la incoherencia. Si el artista no logra armonizar lo uno y lo vario, está condenado a producir la **monotonía de la uniformidad** o la **monotonía de la variedad**. Hay casos, no obstante, que no son tan extremos: producciones en las cuales, sin sacrificar la variedad, muestran cierto predominio de la unidad y producciones en las que, sin hacer de lado la unidad, se despliegan con relativo énfasis en la variedad.

Nuestra preferencia está con las últimas, porque mientras en las primeras lo que se gana en congruencia y solidez se pierde en uniformidad y reiteración, en las segundas (siempre y cuando, repitamos, se sepa conservar la unidad) se puede ofrecer incesantemente la sorpresa, el cambio, la transición de un elemento a otro, y, por consiguiente, la renovación, para beneficio del lector, del interés, la atención y la amenidad. La obra de Roberto López Moreno pertenece a este segundo tipo de creaciones literarias. Hay mutaciones, cambios de terreno, metamorfosis temática. Pero hay una unidad que engarza las variaciones y da sentido global a su obra. El tema que florece en ella es el del amor y la iracundia. Del amor que es el único cautiverio que puede liberar y de la iracundia que acomoda las rabias a la mitad del pecho. Sus *Décimas Lezámicas* es un libro en el que la palabra deja de ser medio para convertirse en fin, un capítulo que deviene canto, música de cámara, contrapunto entre la emoción y el sonido. Estas décimas, ubicadas deliberadamente bajo la sombra del autor de *Enemigo rumor*, tiene mucho de ensayo y experimento, diafanidad inconsciente y oscuridad deliberada. El libro *Casa 26-VII* está formado por dos partes: 26 poemas que aluden a nuestra casa, nuestro hogar americano y siete prosemas (o poemas en prosa) que giran en torno de la misma temática. Aquí hay un lirismo desbordado, una expresión exacta, una tonalidad personal. Si alguien puso la mano en el pecho de todo ahí está Roberto López Moreno, el poeta, el cronista para relatarlo y convertirlo en efusión y referencia. Versos como tus ojos son el día y lo acomodan o el espasmo en que nace lo nombrado, nos hablan de la melancolía y el romanticismo que se entronizan en este apéndice para diseñar el acorde perfecto.

Con las *Décimas Lezámicas* se hace presente, el amor del poeta por la palabra, por las resonancias que conlleva cada verso y por las armonías producidas en virtud de las consonancias, salta ahí, en efecto, el afán de experimentación que caracteriza a nuestro poeta; pero este centro se halla encerrado, por así decirlo, dentro de un primer paréntesis (o paréntesis de poesía política); poesía involucrada en la problemática social (aquí el cuerpo aparece, por ejemplo, como el inicio de la patria, etc.). En *Casa 26-VII* encontramos, sobre todo, un libro enfilado a la denuncia a la epopeya cotidiana de la lucha de nuestra América contra sus opresores de siempre. Hay un segundo paréntesis (o paréntesis de poesía amorosa): una poesía



franca y decididamente amorosa. Digámoslo, entonces, de esta manera: en López Moreno, la experimentación se halla bajo la sombra de la política y la política bajo la sombra del amor.

La unidad de la obra de Roberto López Moreno la brinda, a nuestra manera de ver las cosas, el amor. Roberto es un poeta amoroso. La política es, para él, y en fin de cuentas, una de las formas que puede y debe asumir el amor. La experimentación igual: es el amor por la palabra, el bien decir, la expresión intencionada, atrevida y libre. En Roberto López Moreno no hay ni la monotonía de la uniformidad ni la monotonía de la variedad sino, como en todo poeta auténtico, un hábil manejo de la unidad y la variedad que nos proporciona esta muestra dilectísima de una poesía que emana, a no dudarlo, de una pluma diestra.

RESPUESTA A UNA MISIVA

Querido López Moreno.

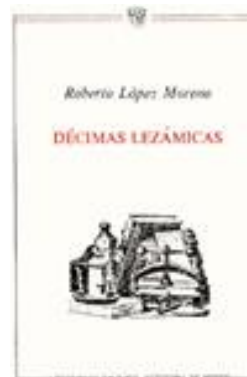
Gracias por su carta, que me permite tener su correo electrónico y poder, así, agradecerle el regalo de su libro, ¿Cómo llamarlo?, sorprendente y abrumador, porque tiene tantas sorpresas como exigencias, y se ve que Ud. Tiene una concepción de la poesía que ya no es usual, cuya ambición podría, incluso aparecer excesiva, tanto por la fe en el lenguaje como por el apetito incorporador de esos poemas. Quiero decir que es un tomo para leerse despacio y a sorbos, a pesar de que lleva urgencias de comunicar y sed fluvial.

Le confieso que las teorías poéticas de los poetas me parecen excelentes instrumentos de poner en orden el proceso creativo, pero que por lo general dicen demasiado o muy poco, y por eso prefiero atenerme a los poemas mismos, donde me siento más libre de leer a gusto. Su “[poemuralismo](#)” no dudo que promete mucho y es en sí mismo interesante, pero, exactamente como los grandes murales mexicanos, dice todo lo que quiere decir, y uno quisiera, a veces, algunas pausas, zonas sobre las que no todo es verbalizable o, para el caso, representable. Pero entiendo que su tesis, como la del muralismo, revela la necesidad de llenar el espacio en blanco con la saga de las cosas nuestras. Se me ocurre ahora que de pronto Ud. Tiene algo enigmático entre manos, y podría, quizá, darle nueva vida a los murales famosos, desde nuestra mirada actual. Justamente en mi último viaje a ésa estuve mirando despacio los Rivera del Palacio Nacional y quedé impresionado por la calidad del diseño y la explicitud del tema. Tal vez prefiero algunas cosas de Orozco, que son menos estéticas pero más dramáticas.

Perdone la divagación, tengo que pensar mejor el tema, claramente. Pero no quiero dejar de decirle lo mucho que me gustaron sus Décimas, (aquí se refiere al libro **Décimas Lezámicas**) son excelentes, tienen gracia, calidad objetiva, o sea poder de representación, y discurren con todo el sabor tradicional y el gusto por la presencia del mundo y sus atributos, que es nuestro, y, no en vano, de nuestro gran maestro, Lezama Lima.

En fin, querido amigo, reciba un abrazo con felicitaciones por su obra de su nuevo lector despacioso.

Cordialmente,
Julio Ortega



LA VIDA LITERARIA

Revista de la Asociación de Escritores de México, A. C. No. 3
NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1993.

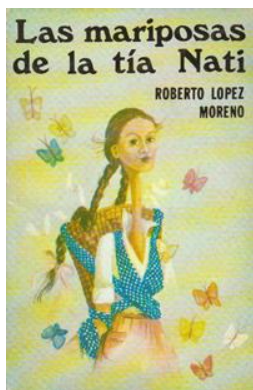
LOS PASOS DE LÓPEZ MORENO

UN RECUENTO DE CUENTOS

VICENTE FRANCISCO TORRES

Hace 20 años Roberto López Moreno (Huixtla, Chiapas 1942) inició su trayectoria como escritor. Ahora la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) acaba de publicar una antología (1) con cuentos de sus cinco libros publicados y de dos más que permanecen inéditos, es oportuno ver cómo se ha desarrollado su trabajo como narrador ya que su labor poética permanece dispersa en varios volúmenes, algunos de ellos diferentes de conseguir.

En los cuentos de *Las mariposas de la tía Nati* (2) ya estaban tres de los rasgos característicos de su trabajo literario: la preocupación por los problemas sociales que viven las gentes más desprotegidas, la presencia abrumadora de los elementos de la naturaleza y la búsqueda de un lirismo que le diera valor estético a sus trabajos.



Las mariposas de la tía Nati –libro que era un homenaje del chiapaneco a su tierra, la cual abandonó cuando tenía tres años de edad para venir a radicar al D. F.- muestra la exploración y marginación que sufren los chamulas, los abusos de la tropa, la violenta historia del burdel pueblerino y algunos ecos de la guerra cristera. El problema religioso de los chamulas tiene esencial importancia en los cuentos de este libro pues a pesar de que los indígenas mantienen sus atavismos (como buscar la protección de un animal tutelar, el nahual que pasa a formar parte de sus mismos nombres), la miseria los lleva a cometer actos atroces, como la crucifixión de un niño para tener también ellos un Dios como el de los blancos de Ciudad Real, un Dios rubio que cuida y protege a los ladinos cuando éstos roban, fornican y

matan.

Su orfandad es tan grande que, ante la muerte de los hijos, se acercan a un Dios del que nada saben, salvo su gran milagrosidad. El tono de las súplicas primero es humilde, afectuoso, pero cuando el hijo se les desmadeja en los brazos, increpan al Cristo que no se conmovió ante el dolor de los muchachos: “¡Señor Dios! ¡Cabrón!”.

Tal parece que no hay salvación para esos pobres campesinos pues, cuando una muchacha, luego de estudiar en la capital regresa para alejarlos del fanatismo religioso, para instruirlos y organizarlos en cooperativas de producción, la fusilan por revoltosa y comunista.

Los textos de *Las mariposas de la tía Nati*, aunque no tienen todos una escritura acabada, aunque se pierden en la digresión evocadora del realismo mágico, poseen una eficacia que radica en la

creación de una atmósfera húmeda, asfixiante, llena de ríos, mariposas, bosques, comiteco, mitos, miseria y crímenes pasionales. El lirismo golpea en cada página de este volumen, que acude al costumbrismo y a la escritura fonética en el desesperado intento de expresar todo lo que de hermoso y estremecedor hay en Chiapas.

En *Yo se lo dije al presidente* (3), la atención de López Moreno se desplaza de la provincia a los estratos sociales más bajos del D. F. Así, el narrador chiapaneco se suma a escritores como Emiliano Pérez Cruz, Armando Ramírez y José Contreras Quezada, entre otros, que desean convertir al barrio, a los espacios más sórdidos y a los seres más patibularios que los habitan, en material literarios. Evodio Escalante ha denominado lumpen-literatura a este tipo de manifestación artística, pero debemos de aclarar que el término de ninguna manera es peyorativo, sino que engloba a aquella narrativa “que quiere encontrar el lenguaje de los bajos fondos, de las capas más desclasadas de la sociedad, ahí donde la degradación, el vicio, el servilismo, la putería, no sólo física sino también cultural, se convierte en pautas dominantes”.

Los temas y argumentos de los quince trabajos que integran el libro son estremecedores: “La voz enemiga” es el diálogo que un ventrílocuo sostiene con su horrible muñeco acerca de un crimen. “Una noche con María Cruz” narra los sufrimientos de una prostituta –que ya había aparecido como personaje en *Las mariposas de la tía Nati*–, su itinerario por las calles de Nonoalco, los pleitos con otras mujeres, el pánico ante la fornicación con ebrios, el deseo de huir de su realidad atroz: ¡Ya no quiero ser puta! ¡Quiero ser rana o lagarta o pez”. “La creación” se desarrolla en la abrupta geografía de los basureros y su tema es la paternidad demencial de un pepenador que engendra una hija con la madre tierra.

El rango social de los personajes y la deformidad física con que están señalados –mancos, locos, jorobados, prostitutas, pepenadores, ciegos, tragafuegos y fetos que naufragan en los basureros– hacen que integren una corte de los milagros que se halla desparramada por toda la ciudad de México, desde los tiraderos de basura de Santa Fe, hasta las calles de Allende y los llanos polvorosos que estos pobres seres han tomado por asalto, como paracaidistas.

Aunque la miseria y la crueldad son denominadores comunes de todos los textos, sólo en cinco de ellos López Moreno consigue la redondez cuentística que se le había negado en *Las mariposas de la tía Nati*: “La voz enemiga”, “Una noche con María Cruz”, “Tomasa Villa”, “Yo se lo dije al presidente” y “La creación”. “Tragafuego” y “Kid” son relatos medianos, a diferencia de los restantes que le quitan coherencia al libro por ser simples narraciones costumbristas, que no consiguen un ambiente ni plantean con eficacia una crítica de la sociedad opresora.

El lenguaje con el que López Moreno caracteriza a sus personajes en un acierto muy importante; incluso los símiles que emplea contribuyen a la creación de esa atmósfera de miseria y desamparo en que nos envuelve la lectura del libro: “Yo me había levantado con dificultad, todo se encontraba como entre brumas, todo era blanco, como no son las cosas aquí, hasta la joroba de la escuincla era blanda, como esos algodones con aguas grises que sacan de los hospitales y que vienen a tirar por estos llanos de casas temblorinas” (5) *La vida puerca* –como diría Roberto Arlt– que nos plantea *Yo se lo dije al presidente*, que no deja de tener sus momentos irónicos, como estas franciscanas palabras que pronuncia una: “loca de ella sólo sé que se llamaba Tomasa

Villa y de mí que nací en medio de un basurero y crecí con las hermanas ratas y los hermanos murciélagos”.

En 1983 volvió de la sordidez citadina a la exuberancia chiapaneca. *El arca de Caralampio* evoca a un personaje –Caralampio Gómez Caballo- que habíamos conocido en *Las mariposas de la tía Nati*. Se trataba de un chiapaneco que moría fusilado por revoltoso y comunista. De esta manera, el libro nos presenta la fauna y flora que hacen el edénico ambiente de Chiapas, que alberga en su seno graves problemas sociales que en su momento también trataron Rosario Castellanos y B. Traven.

Podríamos decir que *El arca de Caralampio* es un bestiario, puesto que los personajes del libro son animales (peces, reptiles, serpientes, culebras, arácnidos, aves, insectos y mamíferos. Sin embargo, estos seres se nos presentan no sólo envueltos en sus mitos o en su humanización, sino que aparecen ante nuestros ojos como un trabajo de investigación zoológica elaborado por un poeta.

López Moreno ostenta en este libro un lirismo comparable al de Jesús Gardea y Ricardo Elizondo Elizondo, pero en su sentido inverso, pues mientras los cuentistas norteños se ocupan de una geografía árida, descorazonadamente enjuta, el chiapaneco toca el mundo impudicamente fértil.

La fauna y la geografía son descritas con una combinación de leyenda, tradición, mito y poesía, cuando no en una forma abiertamente enigmática: “Las víboras de cascabel también tienen aplicación dentro del mundo de la música y no solamente con su involuntaria contribución percusiva.(7)

“Se dice que algunos trovadores colocan el cascabel en las entrañas de la guitarra para que ésta suene mejor. Entonces, la música se emponzoña y el canto de los trovadores puede matar de amor o de nostalgia plena”.

Hay en el libro textos que son verdaderamente cuentos (“El caballo del diablo y su jinete”, “Los toros de Palomeque”, “Josefa ...los cocuyos”) y una variedad de referencias a hechos singulares acaecidos en Chiapas. Están, por ejemplo, las aventuras de investigadores que perdieron la vida mientras hacían sus búsquedas botánicas y zoológicas, o cuando quisieron desentrañar los secretos del Cañón del Sumidero. También encontramos la documentada narración del modo en que, inspirados en los cantos de las aves, Camille Saint-Saens compuso la suite “El carnaval de los animales”.

Los cuentos que integran *La curva de la espiral* (9) son diferentes a los que con anterioridad había publicado López Moreno. Encontramos el mismo trabajo lírico del lenguaje, pero hay una huída del realismo que se da mediante diferentes recursos: con los de la ficción científica (“El secreto”), con los de la narración de tipo histórico (“Muerte de Goudimel”) y (“La curva de la espiral”), con los del relato fantástico (“En busca del autor perdido”) y hasta se recurre a la pura imaginación: “Cuando salí de la Habana, válgame Dios”.

Los relatos más extensos y significativos (“El secreto” y el que da título al volumen) quieren destacar las extrañas coincidencias que tienen algunas cosas y los prodigios que ellas obran. Tal es el caso de las coincidencias geométricas y las construcciones prehispánicas y toda la sangre sucia que se derramó por un brazaletes construido con afanes libertarios.

Además, en este libro López Moreno quiso saldar algunas deudas afectivas que tenía: con la Morada de Paz –ese viejo departamento de la calle de Donceles donde siempre podía encontrar uno la copa anhelada, la guitarra o la simple compañía de los amigos en las horas más frías de la soledad- y con Juan Bautista Villaseca, ese poeta un tanto mítico (que en la prosa encontraría su equivalente en Arlés, el autor de Ojalá te mueras) que tantos versos desgarradores escribió y que no han podido recogerse en una edición decorosa.

En 1975, para la colección “Testimonios del Fondo”, Roberto López Moreno preparó un homenaje a Silvestre Revueltas En Los ensueños de don Silvestre (10), toma el espíritu popular y mexicano de las composiciones de Revueltas para estructurar su libro.

El volumen forma parte de una colección de libros para niños y esto ya plantea un problema: el de definir qué es un libro infantil. Como no es el espacio para teorizar sobre el tema, sólo quiero señalar dos cosas. Primero, los personajes de estos cuentos son niños, y segundo, como Revueltas era un hombre tierno que amaba a los pequeños, se hubiera sentido muy complacido de que sus ritmos y los títulos de sus composiciones sirvieran para inspirar un conjunto de historias que buscan abonar la fantasía, rescatar del olvido algunas de nuestras tradiciones y hasta crear una incipiente conciencia social mediante ese recurso que otro Revueltas, José, nos enseñó: la chingamucita, es decir, el señalamiento breve y furtivo.

Los ensueños de don Silvestre es un libro coherente con la música de Revueltas y con la literatura de López Moreno, pues si las piezas del primero echan mano de mariachis, violines, huastecos y chirimías, los cuentos del segundo también recuperan motivos populares y evocan personajes como Pepe Camarillo y José Guadalupe Posada.

La prosa poética de cada texto (que López Moreno llama prosema), se atiene a los movimientos ideados por Revueltas.

La parte intitulada *Allegro* consta de cinco cuentos (“El renacuajo paseador”, “Dúo para pato y canario”, “El tecolote”, “Janitzio” y “Alcancías”) ágiles y festivos que están llenos de cosas mexicanas (como personajes indígenas, leyendas, adornos de papeles chillantes, marranitos de barro) y elementos profundamente americanos como el proceso de explicación de la naturaleza de las cosas mediante leyendas, tal como puede verse en el Popol Vuh.

Allegro ma non troppo consta de un solo cuento, “Bajo el signo de la muerte”, que si bien resulta un tanto triste y sombrío rescata la creencia indígena de que la muerte es, más que una pena, un consuelo, un regreso a Mictlán, ese sitio lleno de flores donde los seres queridos siguen viviendo. Otra vez nos topamos con elementos típicos, con el pan muerto, las calacas, las alegrías, los tamales y los juguetes de madera y hojalata.

La tercera parte del libro, *Andantino*, tiene dos cuentos (“Sensemayá” y “Música para charlar”) que relatan largos y fantasiosos viajes.

Finale consta de un solo cuento (“Colorines”) y en él se mezclan personajes y episodios de todos los relatos anteriores.

Los ensueños de don Silvestre es feliz complemento de Versitlán (poemas para niños) y otro producto de esa veta que tan bien ha sabido explotar el autor: los animales. Si en *El arca de Caralampio* sólo se habla de la fauna chiapaneca, ahora encontramos animales menos regionales, como renacuajos, burros, hormigas, conejos, patos, canarios, peces, tecolotes, cotorras y cerditos.

En los cinco cuentos no recopilados antes en volumen, López Moreno vuelve al señalamiento social –en “Adiós hermana hembra”, hay un lumpen que va a la cárcel junto con una prostituta y algunos estudiantes detenidos después de la matanza del 10 de junio de 1971- pero empieza a advertirse un avance hacia la prosa ensimismada, muy semejante a la que José Revueltas usaba en sus últimos cuentos y particularmente en “Cama número 11”, de *Material de suelos*.

- 1.- Roberto López Moreno, *Cuentos en recuento*, UNAM, Rayuela, 1992.
- 2.- Roberto López Moreno, *Las mariposas de la tía Nati*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972.
- 3.- Roberto López Moreno, *Yo se lo dije al presidente*, México, Fondo de Cultura Económica, (col. Letras Mexicanas), 1982.
- 4.- Evodio Escalante, “Razón y miseria de la lumpen literatura”, *Tercero en discordia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (Col. Correspondencia), 1982, p. 93.
- 5.- Roberto López Moreno, *Yo se lo dije ...* p.41.
- 6.- IBIDEM, p. 38.
- 7.- Roberto López Moreno, *El arca de Caralampio*, México, Editorial Katúm. 1983, p. 69
- 8.- Idem.
- 9.- Roberto López Moreno, *La curva de la espiral*, México, Claves Latinoamericanas, 1986
- 10.- Roberto López moreno, *Los ensueños de don Silvestre*, México, Editorial Anaquemecan, 1986.

BITÁCORA DE LA PALABRA

Nicanor Parra y Roberto López Moreno, los grandes poetas de la Vanguardia literaria del Siglo XXI

Mario Nandayapa

Soy un pésimo turista, pero en cambio soy un formidable viajero. Lo anterior se reduce a que nunca viajo con el único propósito de contemplación, ya que mi mirada está determinada por mi gramática de vida, es decir a cada lugar que viajo me dedico a trabajar exhaustivamente en busca de información existente sobre la cultura de Chiapas, por ello puedo afirmar que soy un estupendo viajero.

Si bien Eraclio Zepeda recorrió la ruta de Carlos Magno (experiencia que relataré en un entrevista en extenso que le hice a Laco, libro de próxima edición), o bien Heberto Morales que hizo lo mismo pero en la trayectoria del Quijote de la Mancha, antes de escribir su novela “Jovel. Serenata para la gente menuda”. Yo transité la ruta de migración de los Chiapanecas, recorriendo Chile, Paraguay, Costa Rica y Nicaragua; en virtud que se han establecido una diversidad de hipótesis de los chiapanecas, por ello era necesario no sólo consultar las fuentes documentales, sino confrontar la dinámica viva de esta región cultural que aún no se ha estudiado, mi memoria y mi maleta, regresaron rebosantes de reproducciones de documentos, fotografías, entrevistas y la patente sonrisa de un viajero satisfecho.

En mi estancia en Chile, además de mi trabajo de tesis doctoral, hice los trazos de un libro que estoy plenamente seguro que será de impacto internacional, y se trata de la “Presencia de Pablo Neruda en México 1940-1943”, para su culminación el Dr. Salvador Jara Guerrero, Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, me recibirá en Michoacán para que realice una instancia posdoctoral con prestigiosos investigadores de esa Universidad, además de que me harán el honor que yo imparta la Cátedra 2012.

Entre los diversos testimonios que nos legó Pablo Neruda en México, también Chiapas está presente:

“Yo tu selva sonora / conozco, en los rincones / de Chiapas olorosa / puse mis pies australes, lo recuerdo: / caía brusco / el gran crepúsculo de ceniza azul / y en lo alto no había / cielo ni claridad: / todo era hojas: / el corazón del mundo era un follaje. / Porque entre / tierra oscura y noche verde / no me sentí agobiado, / a pesar / del infortunio / y de la hora incierta, / no me sentí tal vez por vez primera / padre del llanto / o huésped / de la eterna agonía (...)”

En Santiago de Chile, tuve la oportunidad de tratar a diversos poetas como son Manuel Jofré y Gonzalo Rojas, ambos escribieron las cuartas de forros de dos libros míos. Ahí también conocí y establecí amistad con Nicanor Parra, para mucho el último poeta de la vanguardia latinoamericana, para mí el gran poeta de la vanguardia es Roberto López Moreno, su obra en conjunto está signada por la búsqueda técnicas y formales, esto se traduce en su propuesta actual “El poemural”, invito a los lectores, estudiosos de la literatura y a las instituciones culturales, a mirar con atención su discurso poético.

La noticia actual es que el poeta chileno Nicanor Parra, recibirá el Premio Cervantes 2011, por “una trayectoria muy amplia, toda una vida dedicada a la poesía”, citando a la presidenta del jurado, Margarita Salas, este premio se le otorgará el 23 de abril -fecha de la muerte de Miguel de Cervantes (1547-1616)- de manos del rey Juan Carlos I en una ceremonia en la localidad madrileña de Alcalá de Henares, ciudad natal del autor de El Quijote.

Celebro que Nicanor Parra haya recibido esta mención, este antipoeta es un escritor ejemplar para la lengua española. En una de las ocasiones que lo visité, le comenté que tenía intenciones de grabar una conversación con él, y me dijo que no daba entrevista, con ingenio le contesté que yo le haría una antientrevista, él me quedó mirando, y me dijo —Adelante, pero que sea con vino.

En esta ocasión comparto con ustedes, la ANTIENTREVISTA A NICANOR PARRA:

“En Las Cruces, población costera del litoral chileno, de golpe uno tropieza con el cielo y la tierra, esto es el mar, esto se llama mar. Signo inequívoco donde habita la palabra. En efecto, en este lugar vive Nicanor Parra, como un pleno ejercicio de elección. La puerta de entrada tiene una pinta al graffiti que dice Antipoeta. Me hago presente tocando la puerta, él aparece, impávido ante los más de noventa años que ha transitado, muestra evidente que la vida también es una obra de arte.

—¿Qué dice Jaime Sabines?, asiste.

Y comenzamos hablar de los muertos y de la vida, y de sus rastros como es el amor.

—¿Nandayapa?, agrega.

—Sí, significa río verde en una lengua indígena de Chiapas. Se contrae ante el desencanto de la respuesta del acertijo que significa mi apellido.

—Nunca lo digas, las palabras siempre tienen que tener un misterio, algo que oculten. Es el inicio de una conversación siempre inconclusa, la poesía.

—¿Mario, sabes que también me dedico a las artes plásticas? Y me muestra su obra conceptual: “La última cena” (una bacínica azul sobre una silla), “La máquina del tiempo” (una fila de máquinas de escribir antiguas), “Todas íbamos a ser reinas” (Fotografía de él con un grupo de amigos). Mientras observo, Nicanor se ausenta, para regresar con un libro mínimo de madera color verde, el cual me entrega.

—Esto es para ti Nandayapa, en ella está toda la poesía. Abro el libro, y contiene las palabras de todos los tiempos, está vacío.”

Homenaje a Roberto López Moreno

Por Enrique González Rojo Arthur

RLM es un polígrafo, un escritor de tiempo completo. Ha escrito cuentos, ensayos, reseñas y ha sido un viejo y pertinaz periodista. Pero más que nada es, a mi entender, un poeta y un poeta sorprendente. Por falta de tiempo, no voy a hablar aquí sino del poeta. Pero no quiero continuar mi intervención, sin expresar mi deseo de que esta celebración sirva para que las nuevas generaciones de críticos empiecen a analizar su obra que es voluminosa, compleja y que se resiste a ser clasificada sobre la rodilla.

Para abordar la producción de un poeta importante pienso que hay que tener en cuenta, antes que nada, dos factores: el estilo y el mensaje. El estilo es el hombre, decía el clásico. Es el modus operandi, la manera de, la forma muy personal de tenérselas que ver con la poiesis. Es algo, pues, tan circunstancial como la vida del escritor. El mensaje –síntesis de contenido y forma- es lo que “se dice” con el estilo. Y yo subrayaría dos cosas que le pueden pasar al mensaje: que trascienda al escritor y se vuelva permanente, inmemorial o que, absorbido por su momento, no logre ser acogido en los brazos de la señora posteridad.

Si nos preguntamos ¿por qué, en ocasiones, el mensaje puede liberarse del tiempo? La respuesta no podemos hallarla sino en la inspiración, el talento, la creatividad, que son otros nombres del estilo. El estilo es entonces la conditio del mensaje trascendente o intrascendente.

Después de quemarme las pestañas leyendo a RLM llego a la conclusión –y voy a explicar a continuación la razón de ello- de que el personal estilo de este poeta chiapaneco va a lograr el milagro de la trascendencia.

Antes de aclarar el sentido de esta afirmación, creo adecuado hacer notar que el mensaje-modelado-por-un-estilo puede ser predominantemente formalista o preeminentemente social o ambas cosas. Aclaración que permite decir que nuestro poeta va a lograr la mencionada trascendencia, ya que se mueve con igual soltura en el significante de la conformación y en el significado de la comunicación.

Veamos por qué. Lo primero que me llama la atención en De la obra poética de RLM –donde reúne 15 de los títulos de su poesía- es el desparpajo con que escribe. Desparpajo que es para mí la síntesis de la audacia y la espontaneidad. Me atrevería a decir que hay aquí, como en los surrealistas, un cierto automatismo; pero no, como en ellos, donde el personaje central es el inconsciente, sino donde juega ese rol la conciencia, si esto es posible, lo cual habla de una envidiable capacidad asociativa. No es una poesía modosa y recoleta, sino un torrente de palabras, imágenes y figuras poéticas con la exuberancia que caracteriza a las selvas de su patria chica. Este desparpajo se da aunado a un afán de búsqueda de lo nuevo, lo insólito, lo original. Pero no se trata de una “avidez de novedades” sobreimpuesta y artificiosa, sino que fluye de manera natural como un rasgo específico del estro armónico del poeta. Lo primero que este afán decide cambiar, lo que está más a la mano, son las palabras. Un espíritu inquieto como el de RLM no puede respetarlas y ser un conformista miembro de número de la gramática tradicional. De ahí que en su “Verbario” (alocución que recuerda el “Palabrario” de nuestra querida Norma

Bazúa) haya neologismos como “vociferomanotear”, “isadorar” y tantos otros. De ahí, asimismo, que los juegos de palabras sean el pan nuestro de casi todos los poemas. Sirvan de botón de muestra estos dos: “Silvestre en las revueltas de la música” y “sonetos son netos sonidos”. Cuando la metamorfosis es el primer mandamiento del demiurgo, todo puede sufrir un vuelco y la imaginación lucir su musculatura. Ponto un caso. Sólo a RLM se le podría ocurrir mostrarnos, a la mitad de un poema, una fingida conversación entre el poeta Juan Bautista Villaseca – excelente portaliras rescatado por Roberto- y Lezama Lima. Y algo más sorprendente: únicamente Roberto transmite, imita, parodia, un soneto “gañeño”, es decir hecho en el lenguaje cavernario con que, como le consta a Arturo, nos comunicábamos los poeticistas.

Pero estos extremos de la búsqueda de lo insólito no son ni lo predominante ni lo más característico de Roberto. Aunque forman parte de su lúcido proyecto de metamorfosis, no pueden compararse con los largos pasajes en que campea, desnuda, la poesía.

Hay poetas que cultivan, respondiendo a diversas razones, las concebidas dos “maneras” del quehacer literario: la culta y la popular, como Góngora, Gorostiza o mi padre. A veces escriben de una manera y en una tesitura, otras de diferente modo y con distinta voz. RLM hace las dos cosas, las entrelaza y amalgama. También hay poetas que tienen predilección por el poema largo y hallan en él su más idónea forma de expresarse –como Góngora, Sor Juana, Valéry, Ezra Pound, etc.-, mientras otros prefieren el poema sintético, que conviene más a su estilo y temperamento –como los hai-ku (desde Tablada y Monterde hasta González Cosío- o como los poemínimos de Efraín Huerta. RLM de nuevo hace ambas cosas y se mueve como pez en el agua tanto en los poemas de considerables dimensiones (como en los “Poemurales”), cuanto en los pequeños que, diríamos, se pueden leer a la luz de una luciérnaga (como los “albaremas”). Por cierto, es importante subrayar que la poesía mexicana debe a Roberto la creación de este par de géneros poemáticos, que se contraponen en tamaño, carácter e intención. Los “poemurales” se alejan deliberadamente de los poemas líricos acotados e individualistas, como los murales de los grandes muralistas mexicanos dejan atrás la pintura de caballete. Los “albaremas”, que son un panegírico a la picardía, rescatan el habla popular y la elevan al modus operandi del quehacer poético.

Poeta multifacético, RLM muestra su versatilidad no sólo en los aspectos líricos que he descrito, sino en el dominio incuestionable de todas las técnicas tradicionales y modernas de la práctica lírica. Lo mismo confecciona sonetos que décimas (las lezámicas), el verso clásico y el verso libre. Es, pues, un indudable y sólido maestro en los aspectos puramente técnicos del entramado lírico.

Roberto, por otro lado, tiene un profundo amor por la naturaleza. No es, sin embargo, un paisajista. Se acerca siempre a la realidad natural antropomorfizándola, con una percepción inquisitiva y una inocultable actitud filosófica. Hace todo eso, afortunadamente, bajo los auspicios de Erato o de Polimnia. Veamos. Vuelve los ojos hacia arriba y encuentra que “un relámpago se ahoga en su propia sorpresa”. Sintoniza su atención y descubre una parvada de “pájaros que gritan al viento/jeroglíficos sonoros”. Sospecha entonces que existe una “ortografía del viento” que es necesario descifrar. Torna los ojos hacia abajo y da con un caimán que “paladea el idioma de la gula” o con un riachuelo que camina con dificultad, poco a poco, lo cual le hace decir bellamente: “El río no se va, avanza/tan sólo una lágrima”. Lleva los ojos hacia

abajo, decía yo. Pero al hacerlo no cesa de encontrar la poesía, el hombre y el misterio en las formaciones físicas: “Si levantás una piedra –dice- ahí está Sabines” y no deja de advertir cómo la sociedad va domesticando a la naturaleza: “El tigre de su jungla deja un gajo de él/maullando sobre el sofá”. Para tener una visión conjunta de las cosas, lleva la vista primero de arriba abajo, con lo que cae en cuenta –lo dice con una expresión emotiva y exacta- de “las azules leyes de gravedad”, y después de abajo arriba, con lo que rememora los saurios que “se convierten en pájaros, para que la tierra vuele” y columbra cómo “cuatro zopilotes se elevan/para inventar de nuevo/los puntos cardinales”.

El entorno natural no deja de generar en RLM inquietudes que he llamado filosóficas y es que él, que se considera “un pequeño manojito de asombros”, sabe en su fuero interno “que no hay tiempo para aprender el idioma de las piedras”.

Como lo hace con sus miradas a la naturaleza –en que echa mano de imágenes precisas y brillantes-, Roberto se enfrenta a todo tipo de temas: musicales (por ejemplo la espléndida descripción de la guitarra, el recorrido por las compositoras importantes o la exultación de la V sinfonía de Shostakovich), filosóficos (verbigracia el breve poema que corre así: “Pero qué es un hombre./nada/comparado con el infinito/y todo/comparado con la nada./Viene a ser entonces/el punto medio/entre la nada y el todo”), literarios (en particular sus intencionados y sugerentes poemas sobre el Quijote), sociales y políticos (que se cuidan de no caer en la obviedad y chabacanería de lo panfletario) y finalmente amorosos (que lo llevan al extremo de desear “beber el agua que lamó tu cuerpo/durante el baño”).

RLM pertenece a lo que podríamos llamar la tercera generación de poetas importantes chiapanecos del siglo XX- Jaime Sabines viene al mundo en la década de los veinte (nació en 1925 en Tuxtla Gutiérrez). Juan Bañuelos y Oscar Olviva nacieron en 1932 y 1938 respectivamente, también en Tuxtla Gutiérrez. Ellos y sus compañeros de generación –que no son chiapanecos- nacen en la década de los treinta, y RLM –que vio la luz en Huixtla en 1942- corresponde a la década de los cuarenta. Si tomamos en cuenta la lúcida aseveración de Julio Cortázar de que: “Me parece absurdo el escritor que hereda el lenguaje de su generación anterior y de la tradición y escribe siempre dentro de los mismos moldes usando la misma adjetivación, la misma forma, el mismo estilo”. nos es dable asentar que ni Sabines ni los “espigos” son conservadores y conformistas en relación con el *modus discendi* o con el lenguaje que ponen a cantar. Pero soy de la opinión de que ninguno trae consigo una subversión idiomática del alcance y el carácter de la de Roberto ya que él, deliberada y sistemáticamente, nunca usa la misma adjetivación, la misma forma o el mismo estilo que la tradición o la generación que lo antecede. Al igual que los poetas chiapanecos que lo precedieron, Roberto no es sólo un poeta importante, significativo e insoslayable de su estado, sino que también lo es, o acabará por serlo, de México en su conjunto. No es un escritor que pertenezca a un grupo afín o a una generación más o menos estructurada como pueden ser los modernistas, los contemporáneos, los “espigos” o los poeticistas, sino una voz solitaria, personal, irremplazable. Pero la soledad o el aislamiento productivo están lejos de impedir que todas las creaciones, queriéndolo o no sus artífices, reciban la influencia fecundadora de múltiples factores. De ahí que el gran novelista paraguayo Roa Bastos haya escrito que: “Mi concepción de la literatura es justamente que nosotros lo que

hacemos es dar forma, a través de una obra escrita, a todos los estímulos de los sentimientos, del subconsciente colectivo, de la tradición oral y de la escrita”.

Por todo lo anterior, vuelvo al deseo, expuesto al principio de esta intervención, de que esta celebración sirva para que los jóvenes lean con cuidado, con amor, una obra del temple y la riqueza de la de Roberto. Sé que un poeta con tan amplio diapasón creativo, aunado a la audacia en la expresión y a una sensibilidad que le brota por todos los poros, se tiene que imponer a la larga en la cultura nacional y saltar del conocimiento –del que ya goza- al reconocimiento que merece.

Aunque la poesía de RLM va acabar por imponerse (ya que tiene la fuerza y los méritos para hacerlo) creo que es un deber de quienes hemos tenido el privilegio de comprender su valía, coadyuvar al aceleramiento de este proceso de evaluación y a que Roberto ocupe lo más pronto posible el lugar de gran poeta que le corresponde. Este deseo, con que termino mi alocución, va acompañado por algo que me niego a que se quede en el tintero: mi calurosa felicitación por este homenaje que tanto te mereces, mi querido Roberto.

México, D.F. noviembre de 2011

Homenaje al escritor Roberto López Moreno

CASA DEL POETA JAIME SABINES

20 DE OCTUBRE DE 2011.

Arturo González Cosío.

Hoy celebramos la presencia en la literatura mexicana de un escritor: ROBERTO LOPEZ MORENO, que abarca con sensibilidad, conocimiento y destreza la más variada gama de formas y expresiones en prosa y en verso. Una versatilidad excepcional ha llevado a Roberto López Moreno, a indagar con audacia la más avanzada vanguardia y al mismo tiempo emprender la defensa valiente de postulados y principios que atañen a la sociedad, desde el terruño, su amada Chiapas, hasta los horizontes continentales de la América Bolivariana.

Con vitalidad envidiable recorre los terrenos de la canción popular y los más complejos territorios de la poesía contemporánea. Sus poemurales abarcan desde la invención de palabras, hasta el uso de la mitología, o la utilización de las matemáticas y la geometría, sin pérdida alguna del ánimo poético, con la ilimitada intrepidez propia de los que convierten a la poesía en un mensaje enciclopédico, producto de nuevos paradigmas culturales, en los que la poesía ya no es algo estrictamente verbal, sino que participa de la fragmentación, de las potencialidades y del pragmatismo de la ciencia y la técnica.

Roberto y sus poemurales se afilian a la poesía visual/experimental que abarca signos, sonidos, letras, fonemas, iconos, que conducen a algo tan de nuestros días como la sinestesia, que permitiría ver los sonidos y leer las imágenes, lo que podría conducir a la definición que da César Cortés de lo que para él es poesía: “Encuentro fortuito de un signo con una intención, en el azar de la mirada”.

No obstante lo anterior, pienso con T.S. Elliot, que el poeta es el responsable de que el lenguaje tenga la máxima precisión y que pueda expresar con claridad todas las experiencias del hombre, porque más que legisladores no reconocidos, como lo pensara Shelley, los poetas son vigilantes del lenguaje, que es sin duda, la esencia del hombre, lo que le dio la verticalidad de la comunicación y la posibilidad del futuro.

Para entender una personalidad con tantas facetas como la de Roberto, habría que tomar en cuenta también su vocación para la bohemia que lo llevó al “Retirito” y al “Chemulpo” en los que predominaba la trova yucateca; o a la famosa “Morada de Paz”, refugio de oficinistas en el que Roberto López Moreno se había constituido en pilar fundamental, con otros que compartían la hospitalidad del “Exodonte”, el dentista Daniel Martínez Montes, que departía con Renato Leduc, Roberto Blanco Moheno, el Tigre Maldonado, Ramón G. Bonfil, Aurora Reyes, Adela Palacios y Magdalena Mondragón que bebían, cantaban y recitaban para asombro y deleite de los asistentes.

La sede se vio afectada gravemente por el sismo de 1985, que cerró ese reducto de alegre fantasía, en donde imperaba la simpatía, la broma y el alcohol. Lo anterior le consta a dos testigos, aquí presentes, que compartieron estas vivencias con Roberto, como son nuestros amigos Gonzalo Martré y Ramón Llarena y del Rosario.

En la prosa se desenvuelve Roberto con estilo y naturalidad, tanto en el artículo periodístico como en el ensayo o en el cuento. Su temática es rica en afanes estéticos y en reciedumbre ideológica. Lo mismo puede decirse de su poesía que recorre una escala tan variable que va de la canción popular o el albur, hasta el inusitado arrojio de textos extremadamente experimentales. De inmediato recuerdo aquel poema dedicado a Marco Antonio Montes de Oca, nuestro inolvidable amigo, en el que habla de “Resarcir el alba, manotazo de luz entre los pájaros”, o en su poema “Morada del Colibrí”, en el que conmueve con esta metáfora: (cito) “el mar jamás tendrá la hondura de una lágrima”.

En el campo ideológico habría que hacer referencia a un fragmento del soneto dedicado al Ché Guevara, a quien denominaba: “Capitán del incendio, voz de obrero...”. O en su diatriba contra los dictadores, como en el poema “Relación de Hechos”, en el que dice: “... el tirano clamaba enloquecido en su jaula de víbora y pantera”.

En relación a las corrientes literarias, a veces se acerca al estridentismo como en: (cito) “yugular propensa al fuego”, o “alfiles de viento y tierra”, o en “cruza como daga el cuerpo de la noche, erizada de focos”, o en “Muchos años después, me puse a meditar en lo que no me detenía cuando empezaba a vivir sobre las ruedas de mi bicicleta...” Otras veces al poeticismo, como en el soneto “Gañeño” dedicado a Enrique González Rojo, o en “Vizántico” que es una especie de diálogo con Enrique, o en el poema “Sonejo” que dice: “no dejes que la soledad te muerda los tanates”.

La rica sensibilidad de Roberto lo ha llevado también a la música y en su poesía y en su prosa hay multitud de referencias a famosos compositores, como Vivaldi, Mozart, Boulez y Verdi, entre otros.

Para terminar esta pequeña glosa de una obra tan rica y tan variada, quiero hacer referencia a dos características más de nuestro querido amigo: su afán por viajar alrededor del mundo, con las banderas desplegadas de la literatura y de la lucha social y su sencillez, enriquecida por una carga ideológica siempre a favor de los oprimidos y de los marginados.

Además, en relación a su trato con los que le rodean, se debe exaltar y reconocer su alta calidad humana de amigo ejemplar, ajeno a la envidia y a la indiferencia, respetuoso del valor y de la dimensión de los demás.

Es un ciudadano del mundo, un chiapaneco ilustre, un escritor de alto rango y un gran mexicano.

El secreto que habita en el laberinto de la rosa
Roberto López Moreno, un mago de la poesía

Por Adriana Tafoya

(Él dijo) Desde el primer día que la vi, supe que era la única, cuando me miró fijamente a los ojos y me sonrió, porque sus labios eran del color de las rosas, ellas crecían en el río, todas sangrientas y salvajes. (Y ella responde) En el tercer día, me llevó al río, me mostró las rosas y nos besamos, y lo último que oí fueron unas palabras susurradas, mientras se me acercó con una

piedra en su puño. (Y él respondió) En el último día, la llevé donde crecen las rosas salvajes, y ella se sentó en el banco, con el suave viento como un ladrón, y le di el beso del adiós, le dije: “Toda la belleza debe morir”. Donde las salvajes rosas crecen, Nick Cave.

Roberto López Moreno nació en Huixtla, Chiapas, lugar donde abundan las espinas, en 1942, y es en el inicio de una era macabra, 1968, año de la matanza en la plaza de las tres culturas, cuando aparece su primer libro: Trilogía entre la sal y el fuego. Posteriormente nos ha entregado, a todos sus lectores, más de cincuenta títulos de una enigmática obra literaria; por mencionar algunos: De la muerte violencia su estrofa erizada maúlla a las nubes un trágico final, sobre las azoteas el gato escribe, 1980, Motivos para la danza, 1986, Manco y loco, ¡arde!, 1991, Verbario de varia hoguera, 1993, Négridas, 1998, Ábrara, 2004, $E=mc^2$ y El libro sexto. La construcción de la rosa, 2009 y Versalía, 2010.

Si leemos a Roberto López Moreno con la suficiente atención, nos percataremos de que estamos ante un mago, un alquimista. Y no sólo es una forma metafórica de decirlo, sino que el poeta López Moreno es un genuino maestro de la magia. Un conocedor a fondo de la rosa en la palabra, y también un orquestador del canto.

Lo mejor que puede sucederle a un mago, es que su magia surta efecto en sus lectores, y en otros poetas. Y así ha sido el caso de López Moreno, pues en éste, nuestro tiempo, está más vigente que nunca, porque su obra mantiene esa frescura que ha influido, sea ya de manera directa o indirecta, en poetas ya reconocidos como Ricardo Castillo, Ángel Carlos Sánchez y Jeremías Marquines, así como en poetas más jóvenes, por mencionar a otros, Rocío Cerón, Eduardo Ribé, Esaú Corona, Balam Rodrigo y Yaxkin Melchy. Sea por la mnemotecnia versal, por el carácter combativo del poema, o por la compleja experimentación del verso, sea por la inclusión de partituras como parte del cuerpo de un poema, por la onomatopeya o el calambur como una constante musical, por la peculiar estética “chiapaneca” de su poesía, o por sumar al texto lenguajes matemáticos, la poesía lopezmoreniana es, no sólo de una vigencia sorprendente, sino que en muchos sentidos es una obra que está trazada para sobrevivir en la boca de los futuros poetas, en el canto de los juglares de otras generaciones, y no únicamente en las bibliotecas.

Él es un poeta que nunca le ha dado, ni le dará la espalda a lo popular, y también un arquitecto que alimenta su pluma en el tintero del canto para fundirse con la sonoridad de los pájaros, sea de día o de noche, y con el dominio de los cuatro elementos simbólicos de la materia. Es, por qué no decirlo, un científico de la lengua que, ocupa su tecnología en un verso que apunta en favor de todos.

Todo aquellos poetas con el entusiasmo de lo experimental, con el verdadero interés de mezclar la oralidad en una probeta, o de componer la nomenclatura de una sinfonía con palabras, tienen la obligación de leer a Roberto López Moreno, que sin afán de convencer, ni persuadir, ha construido una obra misteriosa, de un alcance que registra diversos tonos (escalas y armonías), decibeles que nivelan en múltiples ensayos escriturales, todas las formas: Poemurales, como él ha denominado a estas creaciones que buscan guardar los límites del universo en las paredes de la página en blanco.

Jardinero de múltiples rosas es Roberto, pues su obra más que una rosa es una amapola infinita. Rosa de viento, de fósforo, “rosa de mercurio, alquimia portentosa del eje de la magia” (p. 50),

rosa de mar, rosa de Huidobro, de Góngora, rosa cerebral, e incluso, invoca aquella rosa que “Asbaje sembró en América”, como aquel capullo que embaraza a una virgen con su aroma, en la tradición más antigua. Constructor de la estrella de pétalos humeantes, báculo de espinas, cito:

Rosa filosofal

desde la piedra que guarda los misterios,
moho de los siglos, dédalo en el que se fue forjando la conciencia;
neuma en las cantilaciones de la garganta precursora,
baja punzo de luz,
¿cómo se llaman sus cuatro aromas cardinales?:
Gálica, Damasco, Centifolia, Alba,
zumo de attar, soma de las concentraciones... p. 40



López Moreno es un ávido interlocutor de Rilke, Borges, Barba Jacob, Lezama Lima y Enrique González Rojo, y crea su rosa gracias a la ceremonia, al ritual de la escritura, que se repite una y otra vez, en los ciclos, en las medidas de los ciclos de nuestros años, a través de los estribillos, los coros, y sabe como gran poeta, que el lenguaje es un ruido, un siseo que florece en el oído, e impulsa al “oyente” a decir, y actuar de acuerdo a lo que “zumba”. Un mago simbolista, que conforma pautados para el Minotauro del poema. Un constructor de tradición. Cito, de su libro La construcción de la rosa (p. 33):

El que puede inventar que puede inventar la vida
entre derivaciones de formol y amonio.
El que puede elevar la frente en la tormenta.
El que puede entre el pulgar y el índice.
El que puede.
Este es, a partir de ahora, el nuevo rayo en donde sueña
el que puede cambiar la irradiación del número,
el que puede en la palanca y en la rueda,
el que puede en el milagro del lenguaje, en la roca grabada,
el que puede.

Ahora conceptos y designaciones serán libre albedrío del que puede.

Roberto López Moreno también significa, lo que varios filósofos y lingüistas, poetas incluso, vaticinan desde hace un tiempo: el regreso de la oralidad. Representante, antecesor es de poetas que necesitan de la poesía en voz alta, y que actualmente se acomodan en estructuras musicales que arribaron con el slam de Estados Unidos, pero que tienen en Roberto una futura guía para contextualizar sus deseos de tener magia en la poesía (refiriéndonos a sus textos). Esta creciente “efervescencia” de la oralidad en el nuevo milenio, a través de la lectura y declamación de poesía en calles, bares, cantinas, etc., de cinco años para acá, no es gratuita, y en mucho, sus exponentes parecieran hijos de la poesía lopezmoreniana.

López Moreno es un poeta que sabe mantener el dedo en el renglón, cito, “hay un dedo que mata. Ese es el dedo que bajó hasta las casa en la hora maldita” (p.119) para que una vez culminada la

destrucción del ciclo, haya algo más, una Rosa diferente a esta que ahora gobierna; así, nos atrae al laberinto de un huracán, e intenta religarnos al mundo para que nadie quede fuera de la espiral.

Más que lo culto, Roberto es lo experimental desde una raíz fónica, que se vuelve fórmula o algoritmo, vector para trazar un aleteo en medio de la hoja, o en la frente, como un ojo que canta y con cada parpadeo nos habla; para el poeta Roberto López Moreno el canto es la mirada misma, y no la imagen, no la metáfora incluso, sino la realidad que se transforma en sonido, en danza gutural, o en carrasposa melodía; en partitura de una partida de ajedrez, o en el tarareo de un hombre que camina por el malecón para tentar al mar a que lo arranque de la tierra de un manotazo. Al parecer, a Roberto López Moreno le es dado caminar no sólo sobre una cuerda, para sortear el abismo, sino sobre cinco, y en diferentes notas: es música, su poesía es ruido, y el sonido de los engranes, más que los engranes mismos, es el polvo invisible que dejan las palabras cuando no alcanzan a entenderse: la música de un sol que con cada uno de sus dedos toca una guitarra distinta. De algún modo, Roberto nos invita a que seamos nosotros los que metaforicemos su mundo; porque él es un susurro que empuja al suicida (al kamikaze) a que cumpla cabal su destino, o al imperioso a que conforme su imperio. Es el discurso más peligroso de los “tiempos”, el del escriba que construye, o recompone el orden sonoro de lo que serán las “palabras” en otro tiempo; él dice Ábrara, y continúa de ahí palabra adelante hasta volverse otra vez Ábrara; volverse esta vez árbol, coronado de innumerables rosas, y cito:

Soy este cuerpo cargado de existencias,
alucinante tejido de vidas y de muertes,
de vidas y de vidas,
de muertes y de esta cabellera siempre verde, poblada de alas,
Soy mi sangre, cargada de hormigas,
suben desde mis plantas hasta las altas ramas,
hasta la altura
donde gorjea el verbo triunfal de su poema. (p. 35)

ROBERTO LÓPEZ MORENO: DOS CULTURAS, VANGUARDIAS Y DIVERSIDAD POÉTICA

Por: Marisa Trejo Sirvent

Herederero de una tradición poética como la que representa la literatura chiapaneca, con importantes poetas reconocidos en Hispanoamérica entre los que destacan Rosario Castellanos y Jaime Sabines, así como, por una parte, de dos culturas con raíces, en la mejor poesía mexicana del siglo XX y la poesía negrista en América, y, por la otra, de las ricas vanguardias literarias que se consolidaron en América Latina, Roberto López Moreno ha llegado a esta segunda década del Siglo XXI como uno de los poetas vivos de mayor importancia en Chiapas. En México D. F. se realiza un Homenaje Nacional dedicado al poeta chiapaneco, por la importancia de su obra poética y con motivo de sus setenta años, a iniciativa de varios escritores de la capital.

En la Antología de Poetas Chiapanecos del siglo XX titulada Árbol de Muchos Pájaros Roberto López Moreno, se mencionan algunos de los libros de este prolífico poeta que nació en Huixtla, Chiapas, en 1942, y que ha ejercido el periodismo y la narrativa: “Las mariposas de la tía Nati, Yo se lo dije al presidente y La Curva del espiral (cuentos), Entre sus poemarios destacan: “En el

sur de la nostalgia, Trece tiempos de eros, Verbario de varia hoguera y De la obra poética donde se compendia toda su poesía. Ha escrito también Silvestre Revueltas (Homenaje antológico) y la antología de cuentistas cubanos Cuando salí de La Habana, válgame Dios así como poesía para niños, obras de teatro, guiones para cine y televisión y ensayos. Su generación es posterior a la de La Espiga Amotinada) (1).

Roberto López Moreno ha experimentado todo en poesía, tanto en prosa como en verso. En su obra “podemos encontrar desde las formas clásicas como el soneto hasta las más innovadoras formas poéticas como las ecuaciones matemáticas, así como infinidad de temáticas y ecos de muy diversas corrientes como la poesía negro-antillana, entre otras” (2). Roberto López Moreno, Premio Chiapas (en Artes, en 2001) ha participado en múltiples festivales y encuentros poéticos internacionales. En Chiapas, hemos tenido oportunidad de verlo muchas veces, aunque no tantas veces en los últimos años como quisiéramos. Recientemente participó al lado de Juan Bañuelos y otros poetas chiapanecos en el 1er. Encuentro por la Paz y la Mundialización de la Poesía, llevado a cabo en Tuxtla Gutiérrez.

En su poema “Quiero decirte, Jaime” dice:

La noche sabe a Ron
(bestia de luz, ángel de las amarguísimas dulzuras)
a versos ácidos,
a uvas convertidas en torrente,
arde el leño para deletrearnos las entrañas.
Allá en casa los mangos son de este tamaño...
Allá en casa...
El sol es la camisa del día,
las mujeres bajan a lavar al río
con sus torsos desnudos,
retratan sus canciones en el agua
mientras detienen a jícaras el fluir de la corriente.
El sol es la camisa del día
pero vos no me engañás, Jaime, vos sos Tarumba

Para Mario del Valle “Roberto López Moreno es poeta de la diversidad humana, de sus asuntos relevantes. Y a todos toca, une o separa, dosifica o sintetiza con un lenguaje que implica la métrica tradicional del verso castellano hasta la fórmula matemática, la cita, el aforismo, la carta, el poema en prosa, la música con su extraordinaria sinfonía visual, haciendo de la realidad abundancia de los sentidos, trasunto de riqueza espiritual” (3).

Jorge Solís Arenazas aclara sobre su obra: “Crucialmente eufónica, sensual y lúdica, abiertamente inquieta, la poesía del chiapaneco Roberto López Moreno es una fiesta. En primer lugar, en pocos lugares como en su obra se advierte que el poema es una celebración de ser; segundo, es una escritura centrada en la sensualidad del ritmo, la palabra en tanto que música y no sólo la cadencia y musicalidad constitutivas del poema; también porque es una obra abierta, convocante, vital y vitalista, apasionada pero con la medida suficiente para no caer en el juego vacío, en el ansia gratuita del iconoclastia. En suma, poesía que aspira a la comunión más elemental: cada verbo un canto, cada lectura una consagración, cada cuerpo un ofertorio en la

danza. En algún lugar se ha dicho que las tres vertientes que recorren su obra son el amor, el paisaje (principalmente la mirada sobre Chiapas, pero también con aproximaciones fundamentales a la ciudad), y, dicho con vaguedad, las “preocupaciones sociales”. Pero se olvida a menudo que su interés fundamental habita en el lenguaje, desde una postura crítica, y es por ello que hay una importancia decisiva en sus otras vertientes. He ahí el otro sentido de fiesta ceremonial. No se olvide que el canto no es sólo esparcimiento, sino conjuro y religación, búsqueda, internamiento apertura”.

Su variada obra poética y su conocimiento profundo de las diversas versificaciones y ritmos lo han llevado a expresarse en una extensa escala de poesía lírica. Pero su obra no se detiene en la forma. Hablar de su poesía es adentrarnos en infinitos temas que no sólo poseen una rica musicalidad y precisas formas, sino también una lucidez de pensamiento que deja ver su preocupación por el ser humano, su historia, la riqueza de nuestras culturas y realidades a través de tópicos que han llevado a su poesía a ser ampliamente reconocida internacionalmente. Es conocido también por su poesía negrista y por haber creado la teoría poética denominada “Poemuralismo”.

Otros poemarios suyos son: Construcción de la rosa, Ábrara, Décimas Lezámica y Sinfonía de Salmos. Sus poemas nos conducen siempre hacia donde él quiere y nos cautivan de inmediato. Observemos por ejemplo, el siguiente poema titulado “Segunda parte: imágenes aztecas” de su libro Sinfonía de salmos (1996, México: UNAM) el manejo de un tema que nos remonta a las tradiciones prehispánicas:

Yo fui el elegido para saciar la sed del dios
que lermará en los borbotones de mi pecho.
Cumplidos los 365 latidos de este tiempo
el cielo habrá de ser un inmenso comal
enrojecido;
que mi sangre cobije la permanencia de la estirpe,
que se alce vertical el día en que las flores nacen,
flor roja será, de tallo invencible
porque arderá con la fuerza de las generaciones.
Que ese día estalle la corola de la danza
que lo construye todo desde su polen, polvo
de pedernal cumplido.
Que en el centro de la flor combatan
los guerreros tigres y ocelotes, los guerreros águila,
para dotar de su energía al cosmos.
Ya se cumplieron los 365 aullidos de la noche,
ya los 365 alaridos del día.
Subo por las escalinatas del brazo de los sacerdotes,
me venzo,
el colibrí de piedra revienta los tejidos de mi pecho,
un estruendo de teponaztles salpica el aire,
de mi pecho surge la flor roja, palpitante,
es como una llamarada que se eleva,
crece, reconoce su origen, lo asume,

toma su puesto.
El sol nos quema.

El Homenaje Nacional a Roberto López Moreno es apoyado por diversas instituciones, organismos e instancia que reconocen a este poeta su trascendencia nacional y mundial, entre ellas se encuentran: la Universidad Autónoma Metropolitana (Azcapotzalco), la Delegación Álvaro Obregón, la Casa de la Cultura Jaime Sabines que se encuentra en San Ángel y la representación del estado de Chiapas en México D.F. Chiapas debe a varios de sus poetas más destacados un homenaje como el que merece, por ejemplo, Roberto López Moreno cuya obra ha sido traducida a varias lenguas. El Movimiento Poetas del Mundo (en Chiapas) y el Proyecto Cultural Sur Internacional (SurChiapas) se unen a la iniciativa hecha por Enrique González Rojo, Arturo González, Arturo Alvar y Adriana Tafoya, que ha sido apoyada por en este Homenaje Nacional al Poeta Roberto López Moreno, en reconocimiento a la obra de uno de nuestros más importantes poetas que está a punto de cumplir sus setenta años y que nos ha legado una prolífica obra poética reconocida en el ámbito internacional.

NOTAS

(1) Trejo Sirvent, Marisa, Sumano Magadán, Héctor y Socorro Trejo Sirvent.(2000). *Árbol de Muchos Pájaros*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.

(2) *Ibíd.*

(3) *Ibíd.*

(4) Solís Arenazas, Jorge. (Online). "[Roberto López Moreno y la fiesta](#)". Críticas a su obra. Consultado el 17/10/2011.

López Moreno, Roberto. (Online). "Segunda parte: imágenes aztecas" en [Imágenes del Quinto Sol](#). Consultado el 17/10/2011

Bitácora de la Palabra

Nicanor Parra y Roberto López Moreno, los grandes poetas de la Vanguardia literaria del Siglo XXI

Mario Nandayapa

Soy un pésimo turista, pero en cambio soy un formidable viajero. Lo anterior se reduce a que nunca viajo con el único propósito de contemplación, ya que mi mirada está determinada por mi gramática de vida, es decir a cada lugar que viajo me dedico a trabajar exhaustivamente en busca de información existente sobre la cultura de Chiapas, por ello puedo afirmar que soy un estupendo viajero.

Si bien Eraclio Zepeda recorrió la ruta de Carlos Magno (experiencia que relataré en un entrevista en extenso que le hice a Laco, libro de próxima edición), o bien Heberto Morales que hizo lo mismo pero en la trayectoria del Quijote de la Mancha, antes de escribir su novela "Jovel. Serenata para la gente menuda". Yo transité la ruta de migración de los Chiapanecas, recorriendo Chile, Paraguay, Costa Rica y Nicaragua; en virtud que se han establecido un diversidad de hipótesis de los chiapanecas, por ello era necesario no sólo consular las fuentes documentales, sino confrontar la dinámica viva de esta región cultural que aún no se ha estudiado, mi memoria y mi maleta, regresaron rebosantes de reproducciones de documentos, fotografías, entrevistas y

la patente sonrisa de un viajero satisfecho.

En mi estancia en Chile, agenda de mi trabajo de tesis doctoral, hice los trazos de un libro que estoy plenamente seguro que será de impacto internacional, y se trata de la “Presencia de Pablo Neruda en México 1940-1943”, para su culminación el Dr. Salvador Jara Guerrero, Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, me recibirá en Michoacán para que realice una instancia posdoctoral con prestigiosos investigadores de esa Universidad, además de que me harán el honor que yo imparta la Cátedra 2012.

Entre los diversos testimonios que nos legó Pablo Neruda en México, también Chiapas está presente:

“Yo tu selva sonora / conozco, en los rincones / de Chiapas olorosa / puse mis pies australes, lo recuerdo: / caía brusco / el gran crepúsculo de ceniza azul / y en lo alto no había / cielo ni claridad: / todo era hojas: / el corazón del mundo era un follaje. / Porque entre / tierra oscura y noche verde / no me sentí agobiado, / a pesar / del infortunio / y de la hora incierta, / no me sentí tal vez por vez primera / padre del llanto / o huésped / de la eterna agonía (...)”

En Santiago de Chile, tuve la oportunidad de tratar a diversos poetas como son Manuel Jofré y Gonzalo Rojas, ambos escribieron las cuartas de forros de dos libros míos. Ahí también conocí y establecí amistad con Nicanor Parra, para mucho el último poeta de la vanguardia latinoamericana, para mí el gran poeta de la vanguardia es Roberto López Moreno, su obra en conjunto está signada por la búsqueda técnicas y formales, esto se traduce en su propuesta actual “El poemural”, invito a los lectores, estudiosos de la literatura y a las instituciones culturales, a mirar con atención su discurso poético.

La noticia actual es que el poeta chileno Nicanor Parra, recibirá el Premio Cervantes 2011, por “una trayectoria muy amplia, toda una vida dedicada a la poesía”, citando a la presidenta del jurado, Margarita Salas, este premio se le otorgará el 23 de abril -fecha de la muerte de Miguel de Cervantes (1547-1616)- de manos del rey Juan Carlos I en una ceremonia en la localidad madrileña de Alcalá de Henares, ciudad natal del autor de El Quijote.

SUJETO SOCIAL Y TRANSFIGURACIÓN LÍRICA EN LA OBRA DE ROBERTO LÓPEZ MORENO

por José Manuel Recillas

Roberto López Moreno es uno de nuestros poetas mayores y uno de esos espíritus que no se asocia con grupos literarios ni con un solo registro lírico. Hombre polifacético: poeta, narrador, periodista, melómano, investigador periodístico y literario, militante de la izquierda pensante, disidente de muchas formas, nos ha ido legando una obra que hoy se puede considerar ya monumental, y a la cual se le ha prestado escasa atención, especialmente por parte de la academia, pero no menos que de parte del propio gremio literario. Sólo le ha faltado practicar la traducción.

Oriundo de Chiapas, López Moreno no es la clase de poeta del sureste que se haya dedicado a inventariar el paisaje de su tierra, como durante años han hecho incontables poetas y poetastros. Desde muy temprano en su carrera el periodismo le dio las herramientas necesarias para escudriñar la realidad, para enfrentar y cuestionar el orden injusto de una sociedad que se caracterizó por la sempiterna injusticia, el desprecio por las leyes, por la dignidad humana, por el fácil acomodo hacia el poderoso.

Si algún inventario ha dejado la extensa obra del poeta no ha sido la de un paisaje exterior, sino antes bien, uno de carácter social. Logógrafa y logófaga, su obra es el territorio aún inexplorado por la comunidad literaria y académica, que si la ha leído, ha guardado un no muy pudoroso silencio, ignorándola olímpicamente.

Para López Moreno, la Historia es la gran maestra, y en ella cuenta no sólo aquello que escriben los vencedores, sino más aún aquellos sin voz, los ignorados, los despreciados. Su relación con el periodismo y las causas sociales de avanzada, y sus representantes: pintores, poetas, músicos, periodistas, activistas, le ha permitido ver esa red que solidariza las causas populares, que hace que el hombre no se oculte detrás de un lenguaje abstracto hecho de tinieblas para ocultar su alma.

A lo largo de su amplia trayectoria literaria, López Moreno ha ido construyendo una obra literaria que sólo por su extensión ya podría considerarse monumental. Hombre de múltiples voces y de múltiples registros, ha practicado las formas populares de la poesía, como las décimas, y las ha engarzado con la tradición culterana, dejándonos, por ejemplo, uno de los libros de poesía fundamental de la poesía mexicana de los últimos 30 años. Sus Décimas lezámicas constituyen un ejercicio notable de summa literaria y de inteligencia lírica que ha sido sistemáticamente ignorada, pero que ocupa –o debería ocupar– un lugar de enorme importancia en nuestra tradición lírica.

En torno a la figura del notable poeta cubano José Lezama Lima, no menos que en otras figuras populares de la isla, López Moreno ha trazado una línea de apropiaciones culturales que van más allá de la creación de homónimos u homonimias tan celebradas en otros poetas, pero paladinamente ignoradas en su caso. En efecto, a través de una reinterpretación de la historia literaria y cultural así como de sus principales figuras, el poeta ha recreado la Historia para enlazar la historia de los desposeídos, de los aplaudidos por esnobismo pero no comprendidos en toda su radicalidad.

El barroquismo literario de Lezama Lima, por ejemplo, ocupa un sitio especial en la obra del poeta chiapaneco, quien entiende que el barroco por el barroco es un callejón sin salida si no tiene implicaciones inmediatas en la lectura y en el tejido social que ésta implica. Este barroquismo le permite dirigirse al más barroco de los escritores hispanoamericanos, Miguel de Cervantes, y desde ahí trazar una nueva historia, una que incluya de nuevo al Quijote y sus avatares desfacedores de entuertos.

Lo que el aspecto deconstructivo –podrían llamarlo así algunos– de este trabajo lírico busca establecer no es una relación vertical de iniciados en la que sólo haya privilegios, sino una horizontal en la que haya, principalmente, obligaciones y compromisos. Es decir, el aspecto

social de las relaciones humanas antes que nada, un aspecto revolucionario que casi ninguno de nuestros poetas ha explorado, y al que no sólo los propios colegas sino la academia han sido refractarios por los usos y costumbres de la lectura prejuiciosa de prestigios y privilegios que caracterizan nuestra república de las letras.

En la ya casi enciclopédica obra de Roberto López Moreno se pueden hallar grandes cimas y grandes simas, y en ese ascenso y descenso es que el paisaje lírico del poeta no busca la perfección sino la construcción de un orbe en el que tenga cabida todo el mundo sensible no sólo del propio poeta, sino principalmente del lector, y en donde finalmente la cultura de elite se fusione con la cultura popular, a través del supremo ejercicio del poeta que puede trasladar los hechos morbosos o cultos de la vida social y transformarlos en esa emoción que sólo las palabras logran.

Tanto en cuentos como en muchos de sus poemas, Roberto López Moreno hace uso de las herramientas del periodismo para trasladar/traducir la realidad tangible y a veces sanguinaria de la vida social, hacia un mundo donde el horror se transfigure en un mecanismo de palabras que emancipen al sujeto social de las cadenas a que las estratificaciones sociales suelen conducir. Es en este sentido que el uso enciclopédico de recursos líricos le sirven al poeta para ese fin y así conducir al lector a un orbe donde el mundo horizontal de las conquistas sociales equilibre lo que en su origen estuvo ante el abismo. No puede haber una posición más revolucionaria en la poesía de nuestros días.

Sólo para ejemplificar cómo estos orbes de diversos orígenes se fusionan en uno totalmente nuevo, convendría remitir al lector a un poema como “Por este lado del mundo”, uno de los poemas más celebrados del poeta, y con justa razón, incluido en el libro *Motivos para la danza*. Se trata de una de las obras maestras de la lírica mexicana de los últimos treinta años, y en su aparente sencillez, en su aparente repetición rítmica y tímbrica, se encuentra en operación este procedimiento de fusión y emancipación del sujeto social al que he hecho referencia.

El tema del poema está tomado, como sucede en otros poemas y algunos cuentos, de un hecho real, el cual es transfigurado no sólo en materia lírica, demostrando con ese sólo hecho cómo el poder de la palabra opera en la obra del poeta, sino en materia social. Para transfigurar el hecho terrible de la mujer fallecida en medio de la pobreza, Roberto López Moreno recurre a los ritmos líricos de la poesía negra, y desde el principio elige no el prestigioso metro endecasilábico de la tradición letrada, sino el octosílabo de la poesía popular.

En los magistrales y sonoros versos del poema López Moreno prepara la transfiguración del sujeto social en sujeto lírico, y arroja el poema, en su momento culminante, aprovechando las experiencias de la vanguardia del pasado siglo, para convertir en puro ritmo su expresión, y así, por puro ritmo, liberar al sujeto social de sus amarras.

No hay aquí asomo alguno de elementos culteranos, de lamentaciones sobre el destino del sujeto social, que para mayores señas y en concordancia con el espíritu libertador del poema, es una mujer. Por el contrario, desde el espíritu mismo de la cultura popular, desde el orbe musical del son, López Moreno deconstruye la muerte del sujeto, y lo transfigura en sujeto lírico, que al

atravesar justamente por el laberinto sonoro del poema, queda liberado y redimido, y por arte de la palabra, en sujeto de transformación social.

Himno popular, canción agnóstica de liberación, “Por este lado del mundo” es un ejemplo de la depurada técnica compositiva del poeta y de su habilidad consumada para crear una tensión interna que sólo el ritmo puede liberar. El título mismo del libro, más allá de la referencia a la danza, se refiere a este estado de movimiento que la danza genera y por la cual el sujeto bailable, como el sujeto social, puede liberarse, siempre que esté en movimiento, desafiante.

Dije al inicio que a Roberto López Moreno sólo le ha faltado ejercer el oficio de traductor, de verter a poetas de otras lenguas a la nuestra. Pero en realidad, de alguna manera, la ha ejercido de una manera distinta. Al observar la realidad y transfigurarla en admirables cadenas de palabras y ritmos, argumentaciones e historias, lo que ha hecho ha sido justamente eso: traducir la realidad para que veamos más allá de lo que el simple acontecer parece querer decirnos. Traductor también al aproximar poetas y artistas de un mundo a otro, al defender la memoria sobre la obra de aquellos que lo rodearon, nos invita a leer nuestra tradición de manera activa, y a formar parte de ese sujeto que sólo la acción social puede hacer consciente.

La poesía de López Moreno cuestiona, a su manera, y no sé qué tan consciente sea él de ello, el influyente ensayo de T. S. Eliot, “Función social de la poesía”, al tiempo que muestra cuán irresponsables pueden ser las reflexiones sobre poesía cuando no se ve la realidad, cuando se parte de abstracciones desde el ropero o un pedestal, porque de ser cierta la tesis de Eliot allí expuesta, López Moreno debería ser el más grande de nuestros poetas vivos. Y tal vez lo sea.

19 de agosto de 2011

Roberto López Moreno
DOS CULTURAS, VANGUARDIAS Y DIVERSIDAD POÉTICA

Marisa Trejo Sirvent

Herederero de una tradición poética como la que representa la literatura chiapaneca, con importantes poetas reconocidos en Hispanoamérica entre los que destacan Rosario Castellanos y Jaime Sabines, así como, por una parte, de dos culturas con raíces, en la mejor poesía mexicana del siglo XX y la poesía negrista en América, y, por la otra, de las ricas vanguardias literarias que se consolidaron en América Latina, Roberto López Moreno ha llegado a esta segunda década del Siglo XXI como uno de los poetas vivos de mayor importancia en Chiapas. En México D. F. se realiza un Homenaje Nacional dedicado al poeta chiapaneco, por la importancia de su obra poética y con motivo de sus setenta años, a iniciativa de varios escritores de la capital.

En la Antología de Poetas Chiapanecos del siglo XX titulada *Árbol de Muchos Pájaros* Roberto López Moreno, se mencionan algunos de los libros de este prolífico poeta que nació en Huixtla, Chiapas, en 1942, y que ha ejercido el periodismo y la narrativa: “Las mariposas de la tía Nati, Yo se lo dije al presidente y La Curva del espiral (cuentos), Entre sus poemarios destacan: “En el sur de la nostalgia, Trece tiempos de eros, Verbario de varia hoguera y De la obra poética donde se compendia toda su poesía. Ha escrito también *Silvestre Revueltas* (Homenaje antológico) y la antología de cuentistas cubanos *Cuando salí de La Habana*, válgame Dios así como poesía para niños, obras de teatro, guiones para cine y televisión y ensayos. Su generación es posterior a la de *La Espiga Amotinada*) (1).

Roberto López Moreno ha experimentado todo en poesía, tanto en prosa como en verso. En su obra “podemos encontrar desde las formas clásicas como el soneto hasta las más innovadoras formas poéticas como las ecuaciones matemáticas, así como infinidad de temáticas y ecos de muy diversas corrientes como la poesía negro-antillana, entre otras” (2). Roberto López Moreno, Premio Chiapas (en Artes, en 2001) ha participado en múltiples festivales y encuentros poéticos internacionales. En Chiapas, hemos tenido oportunidad de verlo muchas veces, aunque no tantas veces en los últimos años como quisiéramos. Recientemente participó al lado de Juan Bañuelos y otros poetas chiapanecos en el 1er. Encuentro por la Paz y la Mundialización de la Poesía, llevado a cabo en Tuxtla Gutiérrez.

En su poema “Quiero decirte, Jaime” dice:

La noche sabe a Ron
(bestia de luz, ángel de las amarguísimas dulzuras)
a versos ácidos,
a uvas convertidas en torrente,
arde el leño para delectarnos las entrañas.
Allá en casa los mangos son de este tamaño...
Allá en casa...
El sol es la camisa del día,
las mujeres bajan a lavar al río
con sus torsos desnudos,

retratan sus canciones en el agua
mientras detienen a jícaras el fluir de la corriente.
El sol es la camisa del día
pero vos no me engaños, Jaime, vos sos Tarumba

Para Mario del Valle “Roberto López Moreno es poeta de la diversidad humana, de sus asuntos relevantes. Y a todos toca, une o separa, dosifica o sintetiza con un lenguaje que implica la métrica tradicional del verso castellano hasta la fórmula matemática, la cita, el aforismo, la carta, el poema en prosa, la música con su extraordinaria sinfonía visual, haciendo de la realidad abundancia de los sentidos, trasunto de riqueza espiritual” (3).

Jorge Solís Arenazas aclara sobre su obra: “Crucialmente eufónica, sensual y lúdica, abiertamente inquieta, la poesía del chiapaneco Roberto López Moreno es una fiesta. En primer lugar, en pocos lugares como en su obra se advierte que el poema es una celebración de ser; segundo, es una escritura centrada en la sensualidad del ritmo, la palabra en tanto que música y no sólo la cadencia y musicalidad constitutivas del poema; también porque es una obra abierta, convocante, vital y vitalista, apasionada pero con la medida suficiente para no caer en el juego vacío, en el ansia gratuita del iconoclastia. En suma, poesía que aspira a la comunión más elemental: cada verbo un canto, cada lectura una consagración, cada cuerpo un ofertorio en la danza. En algún lugar se ha dicho que las tres vertientes que recorren su obra son el amor, el paisaje (principalmente la mirada sobre Chiapas, pero también con aproximaciones fundamentales a la ciudad), y, dicho con vaguedad, las “preocupaciones sociales”. Pero se olvida a menudo que su interés fundamental habita en el lenguaje, desde una postura crítica, y es por ello que hay una importancia decisiva en sus otras vertientes. He ahí el otro sentido de fiesta ceremonial. No se olvide que el canto no es sólo esparcimiento, sino conjuro y religión, búsqueda, internamiento apertura”.

Su variada obra poética y su conocimiento profundo de las diversas versificaciones y ritmos lo han llevado a expresarse en una extensa escala de poesía lírica. Pero su obra no se detiene en la forma. Hablar de su poesía es adentrarnos en infinitos temas que no sólo poseen una rica musicalidad y precisas formas, sino también una lucidez de pensamiento que deja ver su preocupación por el ser humano, su historia, la riqueza de nuestras culturas y realidades a través de tópicos que han llevado a su poesía a ser ampliamente reconocida internacionalmente. Es conocido también por su poesía negrista y por haber creado la teoría poética denominada “Poemuralismo”.

Otros poemarios suyos son: Construcción de la rosa, Ábrara, Décimas Lezámica y Sinfonía de Salmos. Sus poemas nos conducen siempre hacia donde él quiere y nos cautivan de inmediato. Observemos por ejemplo, el siguiente poema titulado “Segunda parte: imágenes aztecas” de su libro Sinfonía de salmos (1996, México: UNAM) el manejo de un tema que nos remonta a las tradiciones prehispánicas:

Yo fui el elegido para saciar la sed del dios
que lermará en los borbotones de mi pecho.
Cumplidos los 365 latidos de este tiempo
el cielo habrá de ser un inmenso comal
enrojecido;

que mi sangre cobije la permanencia de la estirpe,
que se alce vertical el día en que las flores nacen,
flor roja será, de tallo invencible
porque arderá con la fuerza de las generaciones.
Que ese día estalle la corola de la danza
que lo construye todo desde su polen, polvo
de pedernal cumplido.
Que en el centro de la flor combatan
los guerreros tigres y ocelotes, los guerreros águila,
para dotar de su energía al cosmos.
Ya se cumplieron los 365 aullidos de la noche,
ya los 365 alaridos del día.
Subo por las escalinatas del brazo de los sacerdotes,
me venzo,
el colibrí de piedra revienta los tejidos de mi pecho,
un estruendo de teponaztles salpica el aire,
de mi pecho surge la flor roja, palpitante,
es como una llamada que se eleva,
crece, reconoce su origen, lo asume,
toma su puesto.
El sol nos quema.

El [Homenaje Nacional](#) a Roberto López Moreno es apoyado por diversas instituciones, organismos e instancia que reconocen a este poeta su trascendencia nacional y mundial, entre ellas se encuentran: la Universidad Autónoma Metropolitana (Azcapotzalco), la Delegación Álvaro Obregón, la Casa de la Cultura Jaime Sabines que se encuentra en San Ángel y la representación del estado de Chiapas en México D.F. Chiapas debe a varios de sus poetas más destacados un homenaje como el que merece, por ejemplo, Roberto López Moreno cuya obra ha sido traducida a varias lenguas. El Movimiento Poetas del Mundo (en Chiapas) y el Proyecto Cultural Sur Internacional (SurChiapas) se unen a la iniciativa hecha por Enrique González Rojo, Arturo González, Arturo Alvar y Adriana Tafoya, que ha sido apoyada por en este Homenaje Nacional al Poeta Roberto López Moreno, en reconocimiento a la obra de uno de nuestros más importantes poetas que está a punto de cumplir sus setenta años y que nos ha legado una prolífica obra poética reconocida en el ámbito internacional.

NOTAS

- (1) Trejo Sirvent, Marisa, Sumano Magadán, Héctor y Socorro Trejo Sirvent.(2000). *Árbol de Muchos Pájaros*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
 - (2) *Ibíd.*
 - (3) *Ibíd.*
 - (4) Solís Arenazas, Jorge. (Online). “[Roberto López Moreno y la fiesta](#)”. Críticas a su obra. Consultado el 17/10/2011.
- López Moreno, Roberto. (Online). “Segunda parte: imágenes aztecas” en [Imágenes del Quinto Sol](#). Consultado el 17/10/2011

SUJETO SOCIAL Y TRANSFIGURACIÓN LÍRICA EN LA OBRA DE ROBERTO LÓPEZ MORENO

por José Manuel Recillas

Roberto López Moreno es uno de nuestros poetas mayores y uno de esos espíritus que no se asocia con grupos literarios ni con un solo registro lírico. Hombre polifacético: poeta, narrador, periodista, melómano, investigador periodístico y literario, militante de la izquierda pensante, disidente de muchas formas, nos ha ido legando una obra que hoy se puede considerar ya monumental, y a la cual se le ha prestado escasa atención, especialmente por parte de la academia, pero no menos que de parte del propio gremio literario. Sólo le ha faltado practicar la traducción.

Oriundo de Chiapas, López Moreno no es la clase de poeta del sureste que se haya dedicado a inventariar el paisaje de su tierra, como durante años han hecho incontables poetas y poetastros. Desde muy temprano en su carrera el periodismo le dio las herramientas necesarias para escudriñar la realidad, para enfrentar y cuestionar el orden injusto de una sociedad que se caracterizó por la sempiterna injusticia, el desprecio por las leyes, por la dignidad humana, por el fácil acomodo hacia el poderoso.

Si algún inventario ha dejado la extensa obra del poeta no ha sido la de un paisaje exterior, sino antes bien, uno de carácter social. Logógrafa y logófaga, su obra es el territorio aún inexplorado por la comunidad literaria y académica, que si la ha leído, ha guardado un no muy pudoroso silencio, ignorándola olímpicamente.

Para López Moreno, la Historia es la gran maestra, y en ella cuenta no sólo aquello que escriben los vencedores, sino más aún aquellos sin voz, los ignorados, los despreciados. Su relación con el periodismo y las causas sociales de avanzada, y sus representantes: pintores, poetas, músicos, periodistas, activistas, le ha permitido ver esa red que solidariza las causas populares, que hace que el hombre no se oculte detrás de un lenguaje abstracto hecho de tinieblas para ocultar su alma.

A lo largo de su amplia trayectoria literaria, López Moreno ha ido construyendo una obra literaria que sólo por su extensión ya podría considerarse monumental. Hombre de múltiples voces y de múltiples registros, ha practicado las formas populares de la poesía, como las décimas, y las ha engarzado con la tradición culterana, dejándonos, por ejemplo, uno de los libros de poesía fundamental de la poesía mexicana de los últimos 30 años. Sus Décimas lezámicas constituyen un ejercicio notable de summa literaria y de inteligencia lírica que ha sido sistemáticamente ignorada, pero que ocupa —o debería ocupar— un lugar de enorme importancia en nuestra tradición lírica.

En torno a la figura del notable poeta cubano José Lezama Lima, no menos que en otras figuras populares de la isla, López Moreno ha trazado una línea de apropiaciones culturales que van más allá de la creación de homónimos u homonimias tan celebradas en otros poetas, pero paladinamente ignoradas en su caso. En efecto, a través de una reinterpretación de la historia literaria y cultural así como de sus principales figuras, el poeta ha recreado la Historia para

enlazar la historia de los desposeídos, de los aplaudidos por esnobismo pero no comprendidos en toda su radicalidad.

El barroquismo literario de Lezama Lima, por ejemplo, ocupa un sitio especial en la obra del poeta chiapaneco, quien entiende que el barroco por el barroco es un callejón sin salida si no tiene implicaciones inmediatas en la lectura y en el tejido social que ésta implica. Este barroquismo le permite dirigirse al más barroco de los escritores hispanoamericanos, Miguel de Cervantes, y desde ahí trazar una nueva historia, una que incluya de nuevo al Quijote y sus avatares desfacedores de entuertos.

Lo que el aspecto deconstructivo –podrían llamarlo así algunos– de este trabajo lírico busca establecer no es una relación vertical de iniciados en la que sólo haya privilegios, sino una horizontal en la que haya, principalmente, obligaciones y compromisos. Es decir, el aspecto social de las relaciones humanas antes que nada, un aspecto revolucionario que casi ninguno de nuestros poetas ha explorado, y al que no sólo los propios colegas sino la academia han sido refractarios por los usos y costumbres de la lectura prejuiciosa de prestigios y privilegios que caracterizan nuestra república de las letras.

En la ya casi enciclopédica obra de Roberto López Moreno se pueden hallar grandes cimas y grandes simas, y en ese ascenso y descenso es que el paisaje lírico del poeta no busca la perfección sino la construcción de un orbe en el que tenga cabida todo el mundo sensible no sólo del propio poeta, sino principalmente del lector, y en donde finalmente la cultura de elite se fusione con la cultura popular, a través del supremo ejercicio del poeta que puede trasladar los hechos morbosos o cultos de la vida social y transformarlos en esa emoción que sólo las palabras logran.

Tanto en cuentos como en muchos de sus poemas, Roberto López Moreno hace uso de las herramientas del periodismo para trasladar/traducir la realidad tangible y a veces sanguinaria de la vida social, hacia un mundo donde el horror se transfigure en un mecanismo de palabras que emancipen al sujeto social de las cadenas a que las estratificaciones sociales suelen conducir. Es en este sentido que el uso enciclopédico de recursos líricos le sirven al poeta para ese fin y así conducir al lector a un orbe donde el mundo horizontal de las conquistas sociales equilibre lo que en su origen estuvo ante el abismo. No puede haber una posición más revolucionaria en la poesía de nuestros días.

Sólo para ejemplificar cómo estos orbes de diversos orígenes se fusionan en uno totalmente nuevo, convendría remitir al lector a un poema como “Por este lado del mundo”, uno de los poemas más celebrados del poeta, y con justa razón, incluido en el libro *Motivos para la danza*. Se trata de una de las obras maestras de la lírica mexicana de los últimos treinta años, y en su aparente sencillez, en su aparente repetición rítmica y tímbrica, se encuentra en operación este procedimiento de fusión y emancipación del sujeto social al que he hecho referencia.

El tema del poema está tomado, como sucede en otros poemas y algunos cuentos, de un hecho real, el cual es transfigurado no sólo en materia lírica, demostrando con ese sólo hecho cómo el poder de la palabra opera en la obra del poeta, sino en materia social. Para transfigurar el hecho terrible de la mujer fallecida en medio de la pobreza, Roberto López Moreno recurre a los ritmos

líricos de la poesía negra, y desde el principio elige no el prestigioso metro endecasílabo de la tradición letrada, sino el octosílabo de la poesía popular.

En los magistrales y sonoros versos del poema López Moreno prepara la transfiguración del sujeto social en sujeto lírico, y arroja el poema, en su momento culminante, aprovechando las experiencias de la vanguardia del pasado siglo, para convertir en puro ritmo su expresión, y así, por puro ritmo, liberar al sujeto social de sus amarras.

No hay aquí asomo alguno de elementos culteranos, de lamentaciones sobre el destino del sujeto social, que para mayores señas y en concordancia con el espíritu libertador del poema, es una mujer. Por el contrario, desde el espíritu mismo de la cultura popular, desde el orbe musical del son, López Moreno deconstruye la muerte del sujeto, y lo transfigura en sujeto lírico, que al atravesar justamente por el laberinto sonoro del poema, queda liberado y redimido, y por arte de la palabra, en sujeto de transformación social.

Himno popular, canción agnóstica de liberación, “Por este lado del mundo” es un ejemplo de la depurada técnica compositiva del poeta y de su habilidad consumada para crear una tensión interna que sólo el ritmo puede liberar. El título mismo del libro, más allá de la referencia a la danza, se refiere a este estado de movimiento que la danza genera y por la cual el sujeto bailable, como el sujeto social, puede liberarse, siempre que esté en movimiento, desafiante.

Dije al inicio que a Roberto López Moreno sólo le ha faltado ejercer el oficio de traductor, de verter a poetas de otras lenguas a la nuestra. Pero en realidad, de alguna manera, la ha ejercido de una manera distinta. Al observar la realidad y transfigurarla en admirables cadenas de palabras y ritmos, argumentaciones e historias, lo que ha hecho ha sido justamente eso: traducir la realidad para que veamos más allá de lo que el simple acontecer parece querer decirnos. Traductor también al aproximar poetas y artistas de un mundo a otro, al defender la memoria sobre la obra de aquellos que lo rodearon, nos invita a leer nuestra tradición de manera activa, y a formar parte de ese sujeto que sólo la acción social puede hacer consciente.

La poesía de López Moreno cuestiona, a su manera, y no sé qué tan consciente sea él de ello, el influyente ensayo de T. S. Eliot, “Función social de la poesía”, al tiempo que muestra cuán irresponsables pueden ser las reflexiones sobre poesía cuando no se ve la realidad, cuando se parte de abstracciones desde el ropero o un pedestal, porque de ser cierta la tesis de Eliot allí expuesta, López Moreno debería ser el más grande de nuestros poetas vivos. Y tal vez lo sea.

19 de agosto de 2011

El secreto que habita en el laberinto de la rosa **Roberto López Moreno, un mago de la poesía**

Por Adriana Tafoya

(Él dijo) Desde el primer día que la vi, supe que era la única, cuando me miró fijamente a los ojos y me sonrió, porque sus labios eran del color de las rosas, ellas crecían en el río, todas sangrientas y salvajes. (Y ella responde) En el tercer día, me llevó al río, me mostró las rosas y nos besamos, y lo último que oí fueron unas palabras susurradas, mientras se me acercó con una piedra en su puño. (Y él respondió) En el último día, la llevé donde crecen las rosas salvajes, y ella se sentó en el banco, con el suave viento como un ladrón, y le di el beso del adiós, le dije: “Toda la belleza debe morir”. Donde las salvajes rosas crecen, Nick Cave.

Roberto López Moreno nació en Huixtla, Chiapas, lugar donde abundan las espinas, en 1942, y es en el inicio de una era macabra, 1968, año de la matanza en la plaza de las tres culturas, cuando aparece su primer libro: Trilogía entre la sal y el fuego. Posteriormente nos ha entregado, a todos sus lectores, más de cincuenta títulos de una enigmática obra literaria; por mencionar algunos: De la muerte violencia su estrofa erizada maúlla a las nubes un trágico final, sobre las azoteas el gato escribe, 1980, Motivos para la danza, 1986, Manco y loco, ¡arde!, 1991, Verbario de varia hoguera, 1993, Négridas, 1998, Ábrara, 2004, E=mc2 y El libro sexto. La construcción de la rosa, 2009 y Versalía, 2010.

Si leemos a Roberto López Moreno con la suficiente atención, nos percataremos de que estamos ante un mago, un alquimista. Y no sólo es una forma metafórica de decirlo, sino que el poeta López Moreno es un genuino maestro de la magia. Un conocedor a fondo de la rosa en la palabra, y también un orquestador del canto.

Lo mejor que puede sucederle a un mago, es que su magia surta efecto en sus lectores, y en otros poetas. Y así ha sido el caso de López Moreno, pues en éste, nuestro tiempo, está más vigente que nunca, porque su obra mantiene esa frescura que ha influido, sea ya de manera directa o indirecta, en poetas ya reconocidos como Ricardo Castillo, Ángel Carlos Sánchez y Jeremías Marquines, así como en poetas más jóvenes, por mencionar a otros, Rocío Cerón, Eduardo Ribé, Esaú Corona, Balam Rodrigo y Yaxkin Melchy. Sea por la mnemotecnía versal, por el carácter combativo del poema, o por la compleja experimentación del verso, sea por la inclusión de partituras como parte del cuerpo de un poema, por la onomatopeya o el calambur como una constante musical, por la peculiar estética “chiapaneca” de su poesía, o por sumar al texto lenguajes matemáticos, la poesía lopezmoreniana es, no sólo de una vigencia sorprendente, sino que en muchos sentidos es una obra que está trazada para sobrevivir en la boca de los futuros poetas, en el canto de los juglares de otras generaciones, y no únicamente en las bibliotecas.

Él es un poeta que nunca le ha dado, ni le dará la espalda a lo popular, y también un arquitecto que alimenta su pluma en el tintero del canto para fundirse con la sonoridad de los pájaros, sea de día o de noche, y con el dominio de los cuatro elementos simbólicos de la materia. Es, por qué no decirlo, un científico de la lengua que, ocupa su tecnología en un verso que apunta en favor de todos.

Todo aquellos poetas con el entusiasmo de lo experimental, con el verdadero interés de mezclar

la oralidad en una probeta, o de componer la nomenclatura de una sinfonía con palabras, tienen la obligación de leer a Roberto López Moreno, que sin afán de convencer, ni persuadir, ha construido una obra misteriosa, de un alcance que registra diversos tonos (escalas y armonías), decibeles que nivelan en múltiples ensayos escriturales, todas las formas: Poemurales, como él ha denominado a estas creaciones que buscan guardar los límites del universo en las paredes de la página en blanco.

Jardinero de múltiples rosas es Roberto, pues su obra más que una rosa es una amapola infinita. Rosa de viento, de fósforo, “rosa de mercurio, alquimia portentosa del eje de la magia” (p. 50), rosa de mar, rosa de Huidobro, de Góngora, rosa cerebral, e incluso, invoca aquella rosa que “Asbaje sembró en América”, como aquel capullo que embaraza a una virgen con su aroma, en la tradición más antigua. Constructor de la estrella de pétalos humeantes, báculo de espinas, cito:

Rosa filosofal

desde la piedra que guarda los misterios,
moho de los siglos, dédalo en el que se fue forjando la conciencia;
neuma en las cantilaciones de la garganta precursora,
baja punzo de luz,
¿cómo se llaman sus cuatro aromas cardinales?:
Gálica, Damasco, Centifolia, Alba,
zumo de attar, soma de las concentraciones... p. 40



López Moreno es un ávido interlocutor de Rilke, Borges, Barba Jacob, Lezama Lima y Enrique González Rojo, y crea su rosa gracias a la ceremonia, al ritual de la escritura, que se repite una y otra vez, en los ciclos, en las medidas de los ciclos de nuestros años, a través de los estribillos, los coros, y sabe como gran poeta, que el lenguaje es un ruido, un siseo que florece en el oído, e impulsa al “oyente” a decir, y actuar de acuerdo a lo que “zumba”. Un mago simbolista, que conforma pautados para el Minotauro del poema. Un constructor de tradición. Cito, de su libro La construcción de la rosa (p. 33):

El que puede inventar que puede inventar la vida
entre derivaciones de formol y amonio.
El que puede elevar la frente en la tormenta.
El que puede entre el pulgar y el índice.
El que puede.
Este es, a partir de ahora, el nuevo rayo en donde sueña
el que puede cambiar la irradiación del número,
el que puede en la palanca y en la rueda,
el que puede en el milagro del lenguaje, en la roca grabada,
el que puede.

Ahora conceptos y designaciones serán libre albedrío del que puede.

Roberto López Moreno también significa, lo que varios filósofos y lingüistas, poetas incluso,

vaticinan desde hace un tiempo: el regreso de la oralidad. Representante, antecesor es de poetas que necesitan de la poesía en voz alta, y que actualmente se acomodan en estructuras musicales que arribaron con el slam de Estados Unidos, pero que tienen en Roberto una futura guía para contextualizar sus deseos de tener magia en la poesía (refiriéndonos a sus textos). Esta creciente “efervescencia” de la oralidad en el nuevo milenio, a través de la lectura y declamación de poesía en calles, bares, cantinas, etc., de cinco años para acá, no es gratuita, y en mucho, sus exponentes parecieran hijos de la poesía lopezmoreniana.

López Moreno es un poeta que sabe mantener el dedo en el renglón, cito, “hay un dedo que mata. Ese es el dedo que bajó hasta las casa en la hora maldita” (p.119) para que una vez culminada la destrucción del ciclo, haya algo más, una Rosa diferente a esta que ahora gobierna; así, nos atrae al laberinto de un huracán, e intenta religarnos al mundo para que nadie quede fuera de la espiral.

Más que lo culto, Roberto es lo experimental desde una raíz fónica, que se vuelve fórmula o algoritmo, vector para trazar un aleteo en medio de la hoja, o en la frente, como un ojo que canta y con cada parpadeo nos habla; para el poeta Roberto López Moreno el canto es la mirada misma, y no la imagen, no la metáfora incluso, sino la realidad que se transforma en sonido, en danza gutural, o en carrasposa melodía; en partitura de una partida de ajedrez, o en el tarareo de un hombre que camina por el malecón para tentar al mar a que lo arranque de la tierra de un manotazo. Al parecer, a Roberto López Moreno le es dado caminar no sólo sobre una cuerda, para sortear el abismo, sino sobre cinco, y en diferentes notas: es música, su poesía es ruido, y el sonido de los engranes, más que los engranes mismos, es el polvo invisible que dejan las palabras cuando no alcanzan a entenderse: la música de un sol que con cada uno de sus dedos toca una guitarra distinta. De algún modo, Roberto nos invita a que seamos nosotros los que metaforicemos su mundo; porque él es un susurro que empuja al suicida (al kamikaze) a que cumpla cabal su destino, o al imperioso a que conforme su imperio. Es el discurso más peligroso de los “tiempos”, el del escriba que construye, o recompone el orden sonoro de lo que serán las “palabras” en otro tiempo; él dice Ábrara, y continúa de ahí palabra adelante hasta volverse otra vez Ábrara; volverse esta vez árbol, coronado de innumerables rosas, y cito:

Soy este cuerpo cargado de existencias,
alucinante tejido de vidas y de muertes,
de vidas y de vidas,
de muertes y de esta cabellera siempre verde, poblada de alas,
Soy mi sangre, cargada de hormigas,
suben desde mis plantas hasta las altas ramas,
hasta la altura
donde gorjea el verbo triunfal de su poema. (p. 35)

FLOR Y LÁTIGO

Ulises Velázquez Gil

Entre los artículos de pulpa académica y los manuales con pretensión de directorio telefónico, de todas las definiciones dadas al arte de la poesía hay una muy original de Rubén Bonifaz Nuño que me agrada mucho: “la poesía es como echar relajo, es decir, para ser libre, para gozar la vida”. En una palabra, un ajuste de cuentas con las cosas que la propia vida ofrece a cada instante.

En aras de vivir a flor de piel cada instante de las palabras, Roberto López Moreno regresa al redil de la poesía con una compilación que destella vitalidad que conocimiento, gratitud y constancia. Se trata de Xóchitl Uchitelnitza, poemario que celebra la vida a cada instante, porque cuando se trata de plasmar el resplandeciente paso de ésta, todo verso se sirve del tiempo para cumplirlo a cabalidad; condición endémica en López Moreno, por nacer en una tierra poética por excelencia, Chiapas, donde refulgen dos diamantes llamados Jaime Sabines y Enoch Cancino Casahonda.

Xóchitl Uchitelnitza se compone por 61 poemas repartidos en tres secciones; el primero y el tercero son complementarios, respectivamente, donde se nota a leguas un destino con cierto sentido: compartir o develar qué hay detrás del horizonte, lleno de flores, como cantos y alabanzas en loor de la vida. Esa misión recae de forma directa en el poeta, gaviero del tiempo, a quien se le agradecerá siempre anunciarnos lo que venga. Gracias, poeta que puedes construir con los reflejos/ la simetría volátil del ensueño./ Aquí, el resplandor de tu diseño:/ sobre el viento oriente/ hay un lago de ondas lejanías/ en donde habitan leyendas galateas/ danzando acuáticos velámenes. (O como diría Carlos Pellicer: ¡lo que diga el poeta!)

Ahora bien, ¿en qué se distingue el paisaje poético de México respecto al de otros lares? En las flores ¡¡por supuesto!! Desde tiempos inmemoriales, la poesía (in xochitl in cuicatl) ha sido un tópico esencial en la vida diaria de este lado del mundo, a la vera de inscribir en la memoria alguna ración de paraíso. Desde el título mismo, Roberto López Moreno se suma a esta búsqueda; aunque, cabe mencionarlo, es sólo una transfiguración de su búsqueda poética, o mejor dicho, de la poesía misma. Del poemural al verso laconista, en este ramillete su ábrara late a corazón batiente: Flor en aura de aroma, en los templos del tiempo,/ en alta función de prima vera,/ primera verdad desde tu siembra,/ de mies xochitlreparto,/ tierra de propia luz estremecida,/ tierna así la tu guerra, misión cumplida.

¡¡Ábrara sésamo!! En aras de nombrar la flor, se desarrollan mundos minúsculos en apariencia, que rebosan de vida y sin importar su brevísima presencia en la tierra, la poesía permite una segunda oportunidad para lograr su persistencia en los siguientes testamentos: pétalo que nos instruye en el amor y el tiempo (“Xóchitl Uchitelnitza”); El conocimiento es la flor/ y nos habita a través del pétalo/ –somos simetría–./ La eternidad tocamos. (“El conocimiento es la flor”); ¿Y si es cierto que Dios existe, flor maestra? (“De veneraciones”); Pero queda la flor maestra,/ Ahí. Aquí./ Para iniciar horarios. (“Desconocimiento”), o éste que cierra el libro: Xóchitl uchitelnitza/ flor maestra/ belleza y enseñanza/ por encima y encima de la muerte/ fuerte/ siempre/ Vida. (A final de cuentas, emisarias del tiempo que, como la rosa de Borges, tienen asilo y estancia en su

palabra misma.)

Quien destella un acendrado amor por las flores, tiene a su cuidado un jardín secreto donde viven y crecen las más cercanas a su patria fraternal; ese lugar discrónico reside en la segunda sección del libro, “Suplemento dominical”, compuesto por diecinueve flores suyas, de alegría floreciente; pétalos de Coyoacán, cerros de Milpa Alta, versos desde Querétaro y Belén, conviven en franca cordialidad con la calidez de una canción, destinada para Valentina (La mañana clara y alta/ tiene sonrisa de niña), Blanca (Fui bajando hasta el río,/ mi niña Blanca.../ te compuse este canto/ con cuerdas de agua), Encarnación (que cante/ tu voz de tiempo,/ que los niños que fuimos/ seguimos siendo) o Nandiumé (Una canción cantaba/ y la cantaré/ a la risa encantada/ de Nandiumé), que no requieren exageraciones terrenales para descubrir en ellas un jardín interior, donde la vida se descubre por sí sola.

Como en “El gigante egoísta” de Oscar Wilde, la inocencia y el encanto de un niño siembra una semilla de fe y esperanza en el jardín marchito de un taciturno gigante, así también la poesía logra este milagro, celebrando una vida en espera de mejores días. El jardín secreto de Roberto López Moreno simplemente funciona como ese territorio a prueba de tiempo, donde crecen las mejores flores, a salvo del sufrimiento y del sinsabor del diario acontecer; aunque también, cabe decirlo, las mejores flores se fertilizan con sangre y con lágrimas, y ello no las exime de su belleza ni de su encanto.

A final de cuentas, con *Xóchitl Uchitelnitza* cumple Roberto López Moreno una deuda con su propia poética, donde su descubrimiento de la prístina partícula llamada ábrara encuentra en las flores una inusitada manera de sentirse vivo, y como sus epígonos mexicas, comparte verso a verso su visión de la flor verdadera, ésa que nos permite ser libres con la vida. Después de todo, *xochitl citlali uchitelnitza,/ instrúyenos/ en tu renovado nacimiento. (Lo demás es mera exageración. De verdad.)*

Roberto López Moreno. *Xóchitl Uchitelnitza*. México, Ediciones del Ermitaño, 2013 (Minimalia. La furia del pez, 11)
(babelises@hotmail.com)

Querido compañero poeta: Roberto López Moreno

Poeta, le escribo estas palabras como si continuáramos la conversación que hace años comenzó y que afortunadamente no ha dejado de fluir, tanto en verso, en prosa, en la vida diaria; y aún escrita en las lejanías cercanas que tiene todo viaje. Todo viaje es una experimentación interna y externa, no hay desperdicio en la escritura que busca, y tú has sido un buscador incansable de lenguajes y formas.

No recuerdo bien cuándo fue que nos conocimos, ¿lo recuerdas tú? Y si no lo recordamos será porque constantemente nos reconocemos en el ir y venir de la poesía. ¿Fue en Chiapas o en la ciudad de México? ¿Estábamos en la presentación de algún libro o en alguna reunión de poetas? Tal vez ese calor de la ciudad de Tuxtla y ese olor tan particular que tiene ese punto del estado chiapaneco me trae algo a la memoria y me dice que fue en un museo, en un encuentro de poetas y que tampoco recuerdo el año.

Pero ¿no es natural que el que se conoce con conocimiento de tiempos espaciales, al final de cuentas se ha conocido tanto como se irá conociendo en los futuros del hoy? Toda relación entre poetas es un conocerse renovado e infinito.

Por eso celebrar ser parte, de alguna forma modesta, de tu memoria escrita y tus recuerdos de vida, me sitúan en el gran gozo creativo; y en celebrar junto con amigos y lectores, el homenaje que hoy nos reúne.

Homenaje bien merecido y bien ganado por tus más de cincuenta libros publicados. ¡Vaya que eres un hombre de letras y de palabra!

Sabemos querido amigo que los homenajes pueden ser de bronce en el sueño del aire y que es el celebrar la reunión del poeta con su obra lo que más deberíamos de acompañar. Pero siempre es bello para la lágrima del tiempo, que la sonrisa se vuelva líquida y el aplauso alma, para seguir alimentando la tierna tradición del poema.

Te contaré querido poeta que desde antes de conocerte ya te leía o más bien leía entre tus versos tus trabajos y tus días, tus urdimbres e hilos escogidos entre los colores de las letras, entre el cielo del colibrí y la tierra de la iguana y leía lo profundo que es y debe ser la construcción de un poeta.

Te has construido a ti mismo poeta. Y compartes ese descubrimientos de ti y de tu ser, y lo prodigas para que otros sedientos vayamos a beber de tu fuente vital y lúdica.

Tu obra, monumental en volumen, verosímil y verdadera en la acción de la poesía, permite acompañar entre tus versos gran parte de la historia de la poesía mexicana.

Si es justo podemos decir como ya otros lo dirán que has incursionado en casi todos los géneros de la literatura.

Cuando entré a tu obra, creí felizmente ser un afortunado, por fin conocía a un escritor como aquellos escritores nacidos y formados en el siglo XIX. Escritores que no tenían ningún miedo a la vida. Escritores que se lanzaban directo y a pleno vuelo a VIVIR, y esto con mayúscula. Un escritor vivo y con un destino maravilloso de construcción de su persona en carne y hueso, en vísceras y sangre, en sueño y verso.

Así, al ritmo de un bongó, de un danzón, de un canto negro, nos cantabas sobre la noche y sus misterios, sobre el manco que arde loco en su genio, sobre los murales en movimiento de tus poemurales, sobre los trópicos y las ciudades sobre négridas y su enigma. Si fueran justas las comparaciones, Saint-John Perse dialogaría con tu obra en un jardín bíblico y con danza de las llamas de la creación primera.

En este punto no se podría considerar que pasas desapercibido en el ámbito de la poesía

mexicana. Por el contrario, tu obra y tu nombre son referencia obligada para quien quiera ver en práctica todas las formas del verso, desde los versos más clásicos hasta la experimentación matemática, musical, casi un noise, y la práctica de un idioma personal y espacial que claramente se puede identificar con un estilo propio y particular y que podemos decir con seguridad que fue escrito por López Moreno.

Desde mi más revoltoso comienzo de poeta en la tierra de los poetas, tu verso siempre ha sido una compañía de emociones. Aunque algunos amigos en Chiapas te mencionaban como el bongosero de la poesía, como si marcar el ritmo de esa forma fuera algo malo o de risa. Yo por supuesto me reía de ellos y salía feliz con mi libro de Roberto López Moreno.

Sabes también mi querido poeta que te debo varios apoyos en la vida diaria, que gracias a ti conseguí casa y nada menos que la casa-estudio del pintor José Hernández Delgadillo.

Una tarde en el café de Coyoacán, platicábamos y me presentaste con la hija de Hernández Delgadillo, quien con gusto y con la confianza de ser tu amigo, ofreció la casa-estudio de su papá y así fui a dar a vivir unos meses al Ajusco medio.

Comprobando en esa ocasión y otras tantas veces, que tu palabra está unida con tus acciones y que eso en un poeta se agradece y se comparte hasta el grado de saber que eres un humanista de hueso colorado.

Así mi querido poeta tanto en palabra como en acciones has demostrado incansablemente tu ser noble y brillante.

Cuando supe de tu boca la existencia de Juan Bautista Villaseca, primero pensé que era un heterónimo tuyo, pero al ver después las pruebas de la existencia de tal poeta, pues me dediqué a escucharte como un infante atento, todas las anécdotas que Villaseca y tú compartieron en vida como en versos.

Así que mi querido poeta, el homenaje en Chiapas, el homenaje en México, D.F., los homenajes que te hacen en este momento en el Instituto Politécnico Nacional, son producto de tu propia luz. Luz incansable y reflexiva, luz indicadora que demuestra que el poeta es parte importante de toda respiración humana. Que un poeta como tú, poeta-universo, poeta-demiurgo, poeta-camino místico, tienen tanto, y tanto de todo que lo comparten a manos e imágenes llenas.

Diré un poco aventado por la lejanía, que aún hoy no he podido conseguir un prólogo de tu tinta hacia mis poemas, jajaja, pero espero en algún momento futuro, conseguirlo. Ya que esas palabras escritas por ti hacia algo escrito por mí, tendría tal vez un destino como el dios Jano. No lo sabremos hasta que en algún momento llegue a escribir algo que te agrade y que pueda contar con tu compañía poética.

Poeta de la tradición de los poetas libres y liberadores de pensamiento, poeta natural como el océano. Un poeta que vibra y hace vibrar cuando canta en sus lecturas de poemas. Me imagino un bardo griego o medieval o vanguardista, o mejor un Poeta, así con mayúscula, invitando con su voz y sus versos a seguir construyendo en sueños todo lo mejor de ambos mundos, el onírico y el humano. Vapor de un barco astral, grito en amable desesperación, carne sagrada en la voz del poeta.

Bueno pues es momento ya de parar mi salutación desde Quito. Sabes que siempre estaré atento a todo lo que se diga, hable, hagas o publiques. Sabes que mi admiración no es hueca y mis palabras no son carrizos. Sabes querido poeta que la conciencia es parte del destino y que son indivisibles.

Que el amigo azar, causante de alguna manera del que yo esté aquí, y los amigos de Metáfora hoja de poesía, que me invitaron para hablar contigo y de ti, me han colocado en una posición existencial que agradezco desde lo más profundo de mi ser hasta los más claros versos de tu

poesía.

Así mi querido amigo, mi poeta, mi viajero, me despido por este momento. Pues sé que aunque no esté seguro de cómo te conocí, siempre estaré seguro de que seguiré leyendo tus poemas, historias, cuentos, ensayos y experimentos. Y estaré seguro de que cada vez más personas compartirán tu obra y creación y que seguiremos conversando con obra, palabra y pensamiento. Recibe pues un gran-gran abrazo desde la poetada vida. Y a seguir celebrando tu obra y tu vida y a seguir escuchando para aprender y quedar prendado de luz y sabiduría.

Gracias.

Marco Fonz

Quito, Ecuador, 2013

**ENTRE LA IGUANA Y EL COLIBRÍ:
UNA LECTURA HERMENÉUTICA
DE LA POESÍA DE ROBERTO LÓPEZ MORENO (1 DE 3)
Piedra de toque**

Ricardo Cuéllar Valencia

En el capítulo donde trabaja La Tierra de la Iguana, el aire del Colibrí, forma y naturaleza, logra con plena solvencia teórica, crítica y analítica plantear y construir el concepto de naturaleza y sus enlaces en la obra poética de Roberto López Moreno. Retoma a los antiguos y de manera especial considera el punto de vista del creacionismo que interroga a la naturaleza por su sentido y establecer así un nuevo tipo de interacción entre esta y el lenguaje.

Para Solís Arenazas Roberto López Moreno coincide con Vicente Huidobro, en tres puntos, y desde estas consideraciones despeja equívocos y elude lecturas ingenuas:

Primero: no se trata de una postura meramente contemplativa frente a la naturaleza. Segundo: tiene una pretensión creadora mediante el impulso vital del Colibrí que genera al mundo.

Tercero: No hay ruptura radical con la naturaleza si no un canto a ella que se ofrece como una alabanza.

El analista ve la participación de López Moreno en varios niveles: una visión del paisaje que siempre es encuentro del hombre consigo mismo a partir de un elemento otro... en el cual se delata un tono tropical, de Chiapas. Así la apertura de la tierra es una reunión del ser que el yo efectúa desde la significación.

La significación que se le otorga a las formas naturales es un retorno al inicio de la historia, y aquel hombre, con acento mágico, enseñaba su visión como totalidad. Y precisa Solís Arenazas: la forma primera es instancia sagrada. El rostro es amorfo sólo hasta que se ve frente a frente con este mundo natural. En López Moreno -advierde- esto se da en tupida unidad con su interés por la poesía precolombina y en todo el conjunto cultural que supone.

Es así como el hombre relacionado en plenitud de sentido y de ser con la naturaleza le es posible establecer frente a sí otra mirada. Esta relación sin anular su fin logra transportar el significado del mismo fin a su conciencia que es exactamente historia, a esa historia que implica la conciencia.

En otro momento de la escritura poética de Roberto López Moreno, anota Solís Arellano, la relación naturaleza-cuerpo cambia en tanto suceden en una sensualidad de encuentros cumplidos tanto en el erotismo como en la creación del sujeto por la naturaleza y la construcción de esta por aquel. Otras más son las relaciones entre naturaleza e historia.

Los planteamientos de Solís Arenazas sobre la herencia vanguardista asumida por Roberto López Moreno en su poesía son esclarecedores tanto sobre las vanguardias como de la manera que el poeta chiapaneco las asume.

La topología poética en torno a los poemurales es una muy fina y elaborada manera de entender

uno de los aportes de Roberto López Moreno. Las miradas del tiempo como sucesión, historia, memoria y presente son también una reflexión lúcida que ayuda a comprender la escritura de este hombre nacido en Huixtla.

Palabra, silencio, infinito -el Yo y el Otro- y La caza del Bisonte –la función de la poesía- permiten completar el viaje que Jorge Solís Arenazas ha realizado en distintos navíos por el mismo río para enseñarnos desde la hermenéutica como es que el poeta, mejor dicho, la palabra del poeta se erige y mueve en varias direcciones que tocan profundamente las preguntas, las búsquedas, los asuntos que atañen a la poesía moderna.

Llama la atención – me asombra y emociona– cómo un hombre que apenas frisa 22 años de edad, nacido y residente en la Ciudad de México, y más aún, autodidacta, -lo que lo distancia de ciertos caprichos teóricos de la academia-, haya llegado a emparentarse con los saberes, las ciencias y el pensamiento filosófico, literario, poético de nuestro tiempo y lo asuma con discernimiento crítico y analítico revelador. Los lectores de poesía estamos en deuda con él. La poesía se paga con poesía, mi querido amigo.

ÁBRARA, LA POESÍA

Octavio Raziel

La revista de poesía, artes visuales y otras letras: LaOtra, ha dedicado un amplio espacio a la obra de Roberto López Moreno (Huixtla, Chis.1942), en especial a su poema Ábrara, lo que abre de su esencia misma, concepto del principio, juego de liliales aes.

En su poesía el aeda chiapaneco señala que Ábrara es la soledad en llamas, en el momento de la concepción. El apenas instante anterior del instante anterior. Y subraya que es: principio del principio, causa de la causa, chispa de la chispa, verbo para el verbo, partícula del todo. Se pregunta en su poema-presentación en la revista: ¿Cuánto de nuestro cuerpo...de memoria y proyecto? ¿Cuánto de nuestro abultado instantero acumulamos en la página de ayer? Nos ha tocado ser —dice con fuerza de poeta— la frente de los iniciantes, los primeros constructores sobre el tiempo nuevo. Y aquí estamos, ya, ahora, con nuestra vida, nuestros muertos, dos mil golpes de sangre hacia delante en renovación del fuego, en el ascenso a su radiante cúspide. López moreno es creador de una teoría poética latinoamericana denominada Poemurales o Poemuralismo y también del Movimiento Poético Laconista cuyo ideal consiste en hacer de los muros y paredes de la ciudad las páginas de un gran libro urbano. En su Ábrara, hace un llamado al montador, al andante: no desfallezcas, nobilísimo jinete, aéreo azote de malandros y exotérico, cuidado, no tropieces, puedes caer y lastimar el mundo, herir el suelo, alterar la armonía del universo, cuidado, no abras hoy el ábrara de la muerte. ¿Cómo se llamaba aquel que por primera vez utilizó el oxímoron como máximo acto de la creación? ¿Qué queda de él sobre el polvo? Y luego repregunta: ¿Cómo se llamaba el que presenció la desmesura de la primera aurora, esa, en la que estaremos mañana? Ábrara ¡ay! Intento de decir el acto creador del universo. ¿Y si volviendo a nombrar las cosas fundamos de nuevo el mundo? ¿En qué punto de la novedosa relación habremos de colocar a Dios si es que va a existir otra vez entre nosotros?, ¿en el aire del ave?, ¿en las válvulas y pistones del movimiento?, ¿en el sexo de la flor?, ¿en la erecta furia de la llama?, ¿en la impaciente espera del polvo? ¿En dónde —oh, duda- para hacerlo cumplirnos su servicio? Termina con música de Álvarez del Toro, compás de cuatro cuartos, un sapo zapa la noche. Roza la hierba, la rosa hierve.

La revista incluye un amplio artículo sobre el Ábrara de López Moreno, vasto de vértigos actuales, abracadabrantés, escrito por Daniel Téllez. Un ábrara imanta en las raíces de los abuelos prehispánicos, las primeras voces, los últimos vuelos, el bolero místico y sagrado, los oscuros vientres de las congas y la sangre que multiplica los juegos retóricos, los asideros vanguardistas que hormiguean dentro de la música, los palíndromos, el filin de las repeticiones y aliteraciones, enfatiza Téllez. Con la experiencia del poeta -añade- la antigua leyenda y la añeja celebración de la saliva y la sombra de los mayores que consuela en nosotros, en cuyo descubrimiento, la escritura poética de Roberto López Moreno, nos remite a un alto poeta inserto en la tradición más relevante de nuestra lírica latinoamericana.